

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO DÉCIMOQUINTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, n° 4.

—
1860

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO DÉCIMOQUINTO.

Número 365.		Páginas.	Número 370.		Páginas.	Número 375.		Páginas.
La guerra de Africa (grabado).....	1	El general Echagüe (grabado).....	65	La extraccion del hielo en el lago Mezzo en Mantua (grabado).....	127			
Escenas marítimas	2	Rosa y azul.....	66	Viaducto del ferro-carril de Desenzano (grabado).....	128			
Expedicion española á Marruecos (grabados).....	3	Revista de Paris.....	67	Número 373.				
Revista de Paris.....	6	Las siete murallas de Paris (grabado)	id.	Besamanos en el palacio de Madrid (grabado).....	129			
Un avaro.....	7	Una ascension al monte Blanco en 1859 (grabado).....	69	Cecilia.....	130			
Elegia.....	id.	El doctor Antonio.....	70	Revista de Paris.....	id.			
La Virgen del Pez por Rafael (grabado).....	id.	Los Roumavagis en la Provenza (grabados).....	72	El imperio de Marruecos (grabados).....	131			
La Anunciacion de los pastores por Rembrandt (grabado).....	9	Funcion dada en el palacio de Tullerias por M. Seraphin (grabado).....	73	La guardia civil.....	134			
El doctor Antonio.....	10	Correspondencia de Constantinopla (grabado).....	id.	Pío IX y su enciclica (grabados).....	135			
El baron Bettino Ricasoli (grabado).....	12	Sucesos notables en 1859.....	74	La ciudad de San Francisco (California) (grabado).....	136			
Teatro recién construido en Nueva Orleans (grabado).....	id.	La Obra de la juventud en Marsella.....	75	El doctor Antonio.....	138			
Expedicion de China (grabado).....	id.	La Obra agrícola de San Isidoro (grabado).....	id.	S. A. I. y R. la gran duquesa Estefania de Baden (grabados).....	140			
Bombardeo de un fuerte marroquí por la escuadra francesa (grabado).....	14	Teatro de Varietés. Bajada de las máscaras al infierno en la noche de carnaval (grabado).....	76	Nuestra Señora de Paris con su nueva aguja (grabado).....	id.			
Los moros del Riff	id.	Lord Macaulay (grabado).....	77	La caridad.....	142			
El tesoro imperial de Mequinez.....	id.	Los trabajadores chinos en la Guadalupe (grabado).....	id.	Anda el diablo en Cantillana.....	id.			
Revista de la moda.....	15	Juan Palomo.....	78	Revista de la moda.....	143			
S. E. C. Buoncompagni, gobernador general de las provincias de la Italia central (grabado).....	16	Revista de la moda.....	79	Proyecto de un nuevo uniforme para la tropa de linea del ejército francés (grabado).....	id.			
El correo ruso (grabado).....	id.	El cultivo de las setas en Paris (grabados).....	id.	Salida de Milan de militares franceses heridos en Magenta (grabado).....	144			
Número 366.			Número 371.			Número 374.		
El general Fantí (grabado).....	17	Bautizo de S. A. la infanta de España (grabado).....	82	El palacio del marqués de Remondi en Italia (grabado).....	145			
Escenas marítimas.....	id.	Cecilia.....	id.	Espada de honor regalada por la ciudad de Niza á Garibaldi (grabado).....	id.			
Revista de Paris (grabados).....	19	Los cuerpos de voluntarios en Inglaterra (grabado).....	83	La Dama de noche.....	146			
El hombre mas bobo del mundo.....	22	El príncipe Alejandro Bariatsky (grabado).....	id.	Honores fúnebres hechos á la gran duquesa Estefania de Baden (grabados).....	147			
Pepito y Pepita.....	23	El general don Luis García (grabado).....	84	S. M. la reina Isabel II y el rey su esposo (grabado).....	149			
Apuntes sobre el imperio de Marruecos (grabados).....	id.	Ovacion hecha á los generales Urquiza y Lopez en Buenos Aires (grabado).....	85	Revista de Paris.....	150			
Bombardeo por la escuadra francesa del fuerte de Tetuan (grabado).....	26	Revista de Paris.....	86	Las hijas del Cid.....	id.			
El doctor Antonio.....	id.	Memorias.....	87	Exposicion de cuadros modernos en Paris á beneficio de la caja de socorros de los artistas (grabados).....	151			
Coche de gala del emperador de Solo (Java) (grabado).....	27	Influencia de las mujeres.....	id.	El doctor Antonio.....	154			
M. Poinsoy (grabado).....	id.	Viaje de la mision francesa en la Persia (grabados).....	id.	El imperio de Marruecos (grabados).....	155			
La triangulacion de Paris (grabado).....	28	El doctor Antonio.....	90	Anda el diablo en Cantillana.....	158			
Expedicion contra los Beni-Snassen (grabados).....	29	La plaza del Louvre y la alcaldia del primer distrito municipal de Paris (grabado).....	91	Reclinatorio de madera esculpida regalado al papa Pío IX por la provincia de Tours (grabado).....	159			
Juan Palomo.....	30	El comedor del sultan en el palacio de Dolma Bagtché (grabado).....	92	Su Eminencia el cardenal Antonelli (grabado).....	160			
Boletín científico.....	31	Juan Palomo.....	93	Número 376.				
Puente del Ued-Merja en las gargantas de Chiffa (grabado).....	32	A la felicidad.....	95	Inauguracion del puente monumental de Alcántara (grabado).....	178			
Número 367.			Número 372.			Revista de Paris.....		id.
El campamento del ejército español en Africa (grabado).....	33	Los nuevos pozos de nieve de la villa de Paris en el bosque de Boulogne (grabado).....	97	Guerra de Africa (grabados).....	179			
Revista de Paris.....	34	Revista Española.....	id.	Revista Española.....	182			
Sucesos notables en 1859.....	35	Voluntarios vascongados en Marruecos (grabado).....	99	Llegada á Milan del rey Victor Manuel (grabados).....	183			
La fiesta de Navidad y la feria de los <i>Santouns</i> en Marsella (grabado).....	id.	Guerra de Africa (grabado).....	id.	Fiesta dada al emperador y la emperatriz por S. A. I. el príncipe Napoleon (grabados).....	186			
Trineos de SS. MM. el emperador y la emperatriz (grabado).....	36	Primer gran baile dado en Tullerias (grabado).....	101	El doctor Antonio.....	id.			
Recepcion en audiencia pública del caballero Desambrois (grabado).....	id.	Revista de Paris.....	102	La vida interior en Argel (grabados).....	187			
Varada del <i>Duguesclin</i> en la rada de Brest (grabado).....	38	La esperanza.....	id.	El palacio Massigny, residencia de S. M. la reina de Dinamarca en Niza (grabado).....	189			
Revista Española.....	id.	Canjeo del tratado de comercio concluido entre la Francia y el Japon (grabados).....	103	En un album.....	190			
El Museo de historia natural de Paris en el Jardin de Plantas (grabados).....	39	Expedicion de la Cochinchina (grabado).....	105	Las sombras.....	id.			
El doctor Antonio.....	42	El doctor Antonio.....	106	De omnibus rebus.....	id.			
Los Heimathlosen y las comunas suizas (grabados).....	43	Inauguracion de la iglesia ortodoxa del rito oriental en Niza (grabado).....	108	Revista de la moda.....	191			
La ciudad desconocida (grabados).....	44	M. Thouvenel (grabado).....	id.	Los enganches suizos para el ejército del papa (grabado).....	id.			
Juan Palomo.....	46	Destrozos causados en la <i>Nemesis</i> en la accion del 18 de noviembre delante de Turana (grabado).....	109	El teatro de Carrera en Guatemala (grabado).....	192			
Revista de la moda.....	id.	De omnibus rebus.....	110	Número 368.				
Costumbres americanas (grabados).....	47	Amor predestinado.....	111	El castillo de Fredericksborg en Dinamarca (grabado).....	49			
Número 368.			Número 373.			Marco Valerio Marcial.....		50
El castillo de Fredericksborg en Dinamarca (grabado).....	49	Demolicion de la muralla de Paris (grabados).....	id.	Recepcion en Florencia del comendador Buoncompagni (grabado).....	51			
Marco Valerio Marcial.....	50	Número 374.				La guerra de Africa (grabado).....		53
Recepcion en Florencia del comendador Buoncompagni (grabado).....	51	Llegada á Málaga de los heridos del ejército español de Africa (grabado).....	113	Revista de Paris.....	54			
La guerra de Africa (grabado).....	53	Cecilia.....	114	Sucesos notables en 1859.....	id.			
Revista de Paris.....	54	Revista de Paris.....	115	Los gansos cebados de Estrasburgo (grabados).....	55			
Sucesos notables en 1859.....	id.	Apertura del Parlamento inglés (grabado).....	id.	Puentes del Kinsig y del Schutter afluentes del Rhin en Kehl (grabado).....	57			
Los gansos cebados de Estrasburgo (grabados).....	55	Llegada del emperador del Brasil á Pernambuco (grabado).....	118	El doctor Antonio.....	58			
Puentes del Kinsig y del Schutter afluentes del Rhin en Kehl (grabado).....	57	El conde de Cavour (grabado).....	id.	El Museo de historia natural de Paris en el Jardin de Plantas (grabados).....	59			
El doctor Antonio.....	58	El caballero Carlos Luis Farini (grabado).....	id.	Monumento elevado á la memoria del arquitecto Visconti (grabado).....	61			
El Museo de historia natural de Paris en el Jardin de Plantas (grabados).....	59	La fe.....	id.	Juan Palomo.....	62			
Monumento elevado á la memoria del arquitecto Visconti (grabado).....	61	Transformacion de la flota francesa (grabado).....	119	La casa de Rossini en Passy (grabado).....	64			
Juan Palomo.....	62	El doctor Antonio.....	122	S. A. R. el príncipe Guillermo de Orange (grabado).....	id.			
La casa de Rossini en Passy (grabado).....	64	El imperio de Marruecos (grabados).....	123	Número 369.				
S. A. R. el príncipe Guillermo de Orange (grabado).....	id.	A una pintura de la Concepcion de Murillo.....	126	El general Prim (grabado).....	65			
Número 369.			Número 375.			A Pepa.....		id.
El general Prim (grabado).....	65	Cuentos y tradiciones populares de Cataluña.....	127	Número 376.				

INDICE.

Número 377.	Páginas.	Número 382.	Páginas.	Número 387.	Páginas.
Guerra de Africa (grabado).....	193	Revista de Paris.....	258	A la salida de las naves de Colon del puerto de Palos.....	342
La Dama de noche.....	194	Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys.....	259	Juan Velasco.....	343
Recuerdos de Marruecos (grabados).....	195	El condado y la ciudad de Niza (grabado).....	id.	Baile de trajes del palacio de Alba en Paris (grabados).....	id.
Revista de Paris.....	198	El principado y la ciudad de Monaco (grabado).....	id.	El doctor Antonio.....	346
La vejez.....	id.	El decreto de anexion de la Toscana (grabado).....	260	Emigracion de los animales.....	id.
Apertura de la legislatura francesa (grabado).....	199	Disolucion de la asamblea nacional de Toscana (grabado).....	id.	La Hungria y la Croacia (grabados).....	347
Nuevo carenero en Rio Janeiro (grabados).....	201	La Dama de noche.....	262	La Virgen de las azucenas.....	350
El doctor Antonio.....	202	El cautchu y la gutta percha (grabados).....	263	Revista de la moda.....	351
La caravana de la Meca (grabado).....	203	El doctor Antonio.....	266	Fiestas de beneficencia celebradas en Tolosa (grabados).....	id.
Embarque en Tolon de las cañoneras destinadas á la expedicion de la China (grabado).....	204	Entrada de tropas piemontesas en Bolonia (grabado).....	267		
Felicitation del clero milanés al rey del Piamonte (grabado).....	205	Salida de la guarnicion piemontesa de Chambéry (grabado).....	id.	Número 387.	
Los gauchos argentinos (grabado).....	206	El general Ros de Olano (grabado).....	269	Fiesta dada al rey Victor Manuel en el casino de los comerciantes en Florencia (grabado).....	353
El 18 de febrero de 1860 en Milan.....	id.	Guerra de Africa (grabado).....	id.	La Dama de noche.....	354
El Carnaval. — La Cuaresma.....	207	La Virgen de las azucenas.....	270	Expedicion de China. — La ciudad de Fu-Chu-Fu (grabado).....	356
Baile dado en Cremona por los oficiales franceses (grabado).....	id.	El domingo de Ramos en Rippoldsau y las bodas en el Kirchzarter-thal (grabados).....	271	La Hungria y la Croacia (grabados).....	id.
Embellecimientos de Paris (grabado).....	208			Revista de Paris.....	359
		Número 382.		A Julieta.....	id.
Número 378.		Entrada de tropas francesas en Chambéry (grabado).....	274	Versos escritos sin la letra A.....	id.
Nafragio del vapor francés <i>la Luisa</i> á la entrada del puerto de Bastia (grabado).....	210	La Dama de noche.....	id.	Instalacion del tribunal de casacion en Milan (grabado).....	id.
La Dama de noche.....	id.	Guerra de Africa (grabado).....	276	Entrada de tropas piemontesas en Milan (grabado).....	361
El carnaval de 1860 en Turin y en Milan (grabados).....	211	Alegoría de la guerra de Italia (grabado).....	id.	El volcan de Santa Rosa en la isla de la Reunion (grabado).....	id.
Entrega de banderas á la guardia nacional de Pisa (grabado).....	214	Llegada de las tropas piemontesas á Toscana (grabados).....	278	La Virgen de las azucenas.....	362
Iniciacion masónica de la embajada persa en la logia de la Sincera Amistad en Paris (grabado).....	id.	Revista de Paris.....	id.	Paseos artísticos por Roma (grabados).....	363
Revista de Paris.....	id.	El aire y el agua.....	id.	Inauguracion de los bajo-relieves del monumento de Juana de Arco en Orleans (grabados).....	365
Versos leídos en la tumba de la señorita Hurtado.....	id.	Al amanecer.....	id.	Discurso de don Cándido Nocedal.....	366
El adios y el rosal.....	215	Zoraida ó el juicio de Dios.....	279	Rosa del cielo.....	367
Descubrimiento de pais desconocidos en la América central (grabados).....	id.	Una excursion á Tetuan (grabados).....	id.	Venta de caridad en Paris en el palacio de la embajada de Inglaterra (grabado).....	id.
El doctor Antonio.....	218	El doctor Antonio.....	282	Primera representacion de <i>Fidelio</i> , ópera de Beethoven (grabado).....	368
Las Fioraie de Florencia (grabados).....	219	La Saboya (grabados).....	283		
Accion de gracias en el templo israelita de Pesth (grabado).....	221	La muerte de una hermana de la caridad (grabado).....	285	Número 388.	
El marqués Pepoli (grabado).....	id.	La Virgen de las azucenas.....	id.	Ceremonias de la coronacion del rey de Suecia Carlos XV (grabado).....	370
M. C. J. Faulkner (grabado).....	222	Revista de la moda.....	287	La Dama de noche.....	id.
Revista de la moda.....	id.	Melancolia (grabado).....	288	El verano (grabado).....	372
Las semanas de Pasion, santa y domingo de Pascua en el Santo Sepulcro.....	id.			El rey de Suecia entrando en su palacio despues de la consagracion (grabado).....	373
El R. P. Lacordaire (grabado).....	224	Número 383.		Revista de Paris.....	374
Cantares campestres de la baja Normandia, el viernes santo (grabado).....	id.	Apertura del parlamento sardo (grabado).....	290	La música.....	id.
		La Dama de noche.....	id.	Poesía.....	375
Número 379.		San Dionisio de la Reunion (grabado).....	291	La primavera.....	id.
Inauguracion en Washington de la estatua de Washington (grabado).....	226	El rey Victor Manuel dirigiéndose al palacio Madama para la apertura del parlamento (grabado).....	292	Aspecto general de las obras del istmo de Suez (grabados).....	id.
Las semanas de Pasion, santa y domingo de Pascua en el Santo Sepulcro.....	id.	Hundimiento de la Roca Podrida en las gargantas de Chiffa (grabado).....	293	La Virgen de las azucenas.....	377
Inundacion de la aldea de Illfurth en el alto Rhin (grabado).....	227	El general Dieu (grabado).....	id.	Concurso regional de Montpellier (grabados).....	379
El misterio del campo de los Brocs (grabados).....	id.	El general Trezel (grabado).....	294	Evacuacion de la bahía de Turana (grabado).....	381
El descendimiento de la cruz (grabado).....	228	Revista de Paris.....	id.	Discurso de don Cándido Nocedal.....	id.
La Dama de noche.....	230	El pugilato en Inglaterra.....	id.	El fratricida.....	383
Los funerales del mariscal Reille (grabado).....	231	Saboya (grabados).....	295	La expedicion de Garibaldi (grabado).....	id.
Presentacion á la reina Victoria de los oficiales de los cuerpos voluntarios (grabado).....	234	El doctor Antonio.....	298	El <i>Adriático</i> , steamer americano (grabado).....	384
Revista de Paris.....	id.	Pinturas musulmanas (grabados).....	299	Embarque de Alejandro Dumas (grabado).....	id.
El doctor Antonio.....	id.	Viaje de la mision francesa á Persia (grabados).....	300		
Varada de la fragata blindada <i>la Normandie</i> en Cherburgo (grabado).....	235	La Virgen de las azucenas.....	302	Número 389.	
La marea del 9 de marzo de 1860 (grabado).....	id.	El puente colgante de Friburgo (grabado).....	304	Pabellon de los conciertos Musard en los Campos Eliseos (grabado).....	385
Teatros de Paris (grabados).....	237			Revista Española.....	386
Cancion á Jesucristo crucificado.....	238	Número 384.		La procesion del Corpus en Constantinopla (grabado).....	387
Jesus se despide de su Santísima Madre.....	id.	Los jardines Boboli en Florencia (grabado).....	305	La Sicilia (grabados).....	id.
La agonía.....	id.	Revista Española.....	306	El poeta Hebel (grabado).....	389
La espiracion.....	239	Recepcion en Madrid de tropas procedentes de Africa (grabado).....	307	El general conde de Goyon (grabado).....	id.
Llanto de Nuestra Señora.....	id.	Uniforme de las tropas del ejército papal (grabado).....	308	Estudios de costumbres.....	id.
Mapa de la vertiente de los Alpes (grabado).....	id.	Los habitantes de Niza dirigiéndose á los colegios electorales (grabado).....	309	Entrada triunfal del ejército de Africa en Madrid (grabados).....	392
		Una calle de Suez (grabado).....	310	Poesías al ejército vencedor.....	394
Número 380.		Revista de Paris.....	id.	Revista de Paris.....	395
Llegada del señor Farini á Turin (grabado).....	242	Aliatar.....	id.	La velada de San Juan en Valreas (grabado).....	396
Revista Española.....	id.	El ferro-carril de Lyon á Ginebra (grabados).....	311	El puerto de Pola en el Adriático (grabado).....	id.
El príncipe de Saboya Cariñan (grabado).....	243	El doctor Antonio.....	314	El colegio de Cluny (grabados).....	id.
La votacion popular en la Toscana (grabados).....	id.	Vista de Vincennes (grabado).....	316	Un prólogo de novela.....	397
Fiesta popular en Milan (grabado).....	245	La Biblioteca imperial de Paris (grabado).....	318	La Virgen de las azucenas.....	398
Revista de Paris.....	246	La Virgen de las azucenas.....	id.	Revista de la moda.....	399
Tipos provinciales.....	id.	Revista de la moda.....	319	La pesca de alosas (grabados).....	id.
Costumbres de Tetuan.....	247	Mentone, en el principado de Monaco (grabado).....	320		
Aldeanos toscanos dirigiéndose á votar á Florencia (grabado).....	248	Gaeta, residencia del rey de Nápoles (grabado).....	id.	Número 390.	
El ministro de Gracia y Justicia proclamando el resultado del sufragio universal en la Toscana (grabado).....	249			La fiesta de san Pedro, patron de los pescadores en Tolon (grabado).....	402
El doctor Antonio.....	250	Número 385.		La Dama de noche.....	id.
Teatro de Marsella (grabado).....	252	Viaje del rey Victor Manuel por la Toscana (grabado).....	322	Apuntes biográficos (grabados).....	404
Los cantores de Pascua en Normandia (grabado).....	id.	La Dama de noche.....	id.	El pugilato en Inglaterra (grabados).....	405
Expedicion de la China (grabados).....	253	Entrada del rey Victor Manuel en Florencia (grabado).....	324	Revista de Paris.....	406
Discurso pronunciado por M. Drouyn de Lhuys.....	254	Resultado de las votaciones en Niza y en Saboya (grabado).....	326	Sin alma.....	id.
Revista de la moda.....	255	Revista de Paris.....	id.	Juan Lanas.....	id.
Fiesta de caridad de San German en Laye (grabado).....	id.	Consejos á un zascandil.....	id.	Bueno y malo.....	407
Varada del navío <i>el Massena</i> en Tolon (grabado).....	256	El donativo de los muertos en la noche de finado.....	327	Garrotazos.....	id.
		Las caballerizas imperiales en el Louvre (grabados).....	328	El Sposalizio, cuadro de Rafael (grabado).....	id.
Número 381.		El doctor Antonio.....	330	La ciudad de Palermo (grabado).....	409
Recepcion de la diputacion saboyana en Tullerías (grabado).....	258	La caza de huevos de avefria (grabado).....	331	Estudios de costumbres.....	410
		Vapores de hélice de J. J. Van der Maaden (grabado).....	332	Estatua de Catinat (grabado).....	412
		Lisboa y Oporto (grabados).....	333	Los baños de Aix (grabados).....	id.
		La Virgen de las azucenas.....	334	Concurso de Montpellier (grabados).....	413
		La Guyana francesa (grabados).....	335	La esperanza.....	id.
				Herold.....	414
		Número 386.		Anacreóntica.....	415
		Monumento elevado á Palladio en Vicenza (grabado).....	337	El ferro-carril de Alejandría al Cairo (grabado).....	id.
		La Dama de noche.....	338	Estatua ecuestre de Napoleon III (grabado).....	416
		Las carreras de caballos de Chantilly (grabados).....	341		
		Revista de Paris.....	342		

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 19. — Nº 365.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

La guerra de Africa; grabado. — Escenas marítimas. — Expedicion española á Marruecos; grabados. — Revista de Paris. — Un avaro. — Elegía. — La Virgen del Pez por Rafael; grabado. — La Anunciacion de los pastores por Rembrandt; grabado. — El doctor Antonio. — El baron Bettino Ricasoli; grabado. — Teatro recién construido en Nueva Orleans; grabado. — Expedicion de China; grabado. — Bombardeo de un fuerte marroquí por la escuadra francesa; grabado. — Los moros del Riff. — El tesoro imperial de Mequinez. — Revista de la moda. — S. E. C. Buoncompagni, gobernador general de las provincias de la Italia central; grabado. — El correo ruso; grabado.

La guerra de Africa.

COMBATE Y TOMA DEL SERRALLO POR LOS CAZADORES DE MADRID.

Damos á la cabeza de este número el grabado que representa la primera accion de nuestras tropas en el territorio de Africa, la toma del Serrallo.

El *Serrallo*, que de hoy mas será célebre en los fastos de nuestra nacion, y al mismo tiempo sitio de doloroso recuerdo para la morisma, por los encarnizados combates que allí han tenido lugar desde la toma de posesion por nuestros soldados, no es otra cosa que un monton de escombros.

Todavía se conserva en pié un hermoso patio cua-

drilátero con una cisterna en medio, y una torre sobre la cual flota en estos momentos la bandera española, y adonde solo puede subirse á gatas por una estrecha, empinada, desquiciada y oscura escalera. La torre está aspillerada con sacos de tierra.

Desde esta altura se distingue á uno de los lados un edificio rústico, perdido casi entre matorrales, y al cual se le conoce en la comarca con el nombre de la casa del *Renegado*. Consérvase acerca de esta casa una leyenda que no carece de sentimiento y de poesía. Es un poema de melancolía y de resignacion.

Por causas que la tradicion no dice, un español, natural de Algeciras, se vió obligado á pasarse al moro, y á adoptar para conservar la vida los ritos y ceremonias de Mahoma. Pero habiendo dejado en España su



COMBATE Y TOMA DEL SERRALLO POR LOS CAZADORES DE MADRID.

hogar y su familia, sus días resbalaban tristemente lejos del lugar en que había nacido, y separado de las dulces prendas de su corazón. No había para su alma hora serena ni alegrías que le fortaleciesen, ni consuelos que le hicieran olvidar los goces de la tierra nativa, donde lloraban también echándole de menos su madre y sus hijos. Este sentimiento fué tan poderoso, que huyendo de toda comunicación y comercio con los moros, se refugió en lo alto de una roca desde donde se divisaban en los días serenos los muros de Algeciras; allí levantó la rústica casa de que hablamos, y allí pasó su vida solo, entregado á sus pensamientos, viendo como Moisés desde lejos la tierra deseada en donde no podía entrar, calculando desde la altura el sitio que debía ocupar la casa de sus hijos, y aspirando tal vez los besos de su familia en las auras de su patria. De este modo vivió por espacio de muchos años, hasta que la vejez cortó el hilo de sus penosos días, y como los sentimientos profundos y las grandes desdichas hallan consideración y respeto hasta entre las fieras salvajes, la casa del *Renegado* ha venido á ser un objeto de veneración entre los moros, que cuidan de ella como de una reliquia y la blanquean de vez en cuando para ocultar mejor las inclemencias de la estación y los rigores del tiempo.

Escenas marítimas.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR.

(Véase el número 361.)

III.

Cuatro días después de haber referido M. de Lionville la primera parte de su naufragio, el *Relámpago* continuaba sin novedad su viaje, siempre favorecido por la Monzon del S.-E. y se hallaba á unos cinco grados al S. de la línea equinoccial.

El marino francés y su hija se habían restablecido completamente; y aunque iban desandando parte del camino recorrido, la esperanza de encontrar un buque que hiciese rumbo para los mares de Europa, no les había abandonado un solo instante, y las gentes del bergantín español se esmeraban demasiado en hacerles agradable la estancia en el buque, para que estuviesen descontentos de su hospedaje.

Pero al paso que los dos naufragos iban recobrando la salud y la alegría, perdía gradualmente las suyas el joven piloto del *Relámpago*.

Dotado de un alma noble y de un corazón sensible y entusiasta, los primeros días que se siguieron al encuentro de la fragata abandonada, satisfecho con el placer de haber librado á los naufragos de una muerte segura, se dedicaba día y noche á prodigarles con una ternura y una solicitud extremada, toda clase de auxilios y consuelos, sin experimentar otra sensación que la producida por el placer de ser útil á aquellos dos seres infortunados.

Pero la hija del capitán Lionville ocultaba bajo la palidez y el desorden que las penalidades habían impreso en su semblante, un tesoro inapreciable de gracias y hermosura, y en su corazón, casi marchito é insensible por la proximidad de la muerte, otro tesoro inagotable de sensibilidad y de ternura.

El segundo del bergantín descubrió poco á poco estas dos preciosidades que constituyen el bello ideal de la mujer, midió toda la extensión de su riqueza y se desarrolló en su alma el deseo de poseerlas. Y este deseo, vago y hasta incomprensible para él en su nacimiento, fué tomando forma y creciendo y desarrollándose, como crecen y se desarrollan los huracanes en la inmediatez de los trópicos.

En vano llamó una y mil veces la razón en su auxilio; en vano se presentaron á su fogosa imaginación imposibles dificultades de vencer; en vano comparaba la posición brillante que aquella mujer encantadora ocupaba en el mundo con su modesta posición: el hombre acostumbrado á luchar con la tormenta, á dominar los elementos desencadenados, á guiar su buque por entre las embravecidas olas, sonriendo de placer y de orgullo cuanto mayor era el peligro que se veía en la necesidad de arrostrar, no fué bastante á contener los progresos de la deshecha borrasca que azotaba su corazón y acibaraba su existencia.

La señorita de Lionville, primero por gratitud y después por un sentimiento extraño de que tampoco sabía darse cuenta en un principio, se mostraba cariñosa y amable hasta el extremo con el joven piloto, á quien ella y su anciano padre debían la vida y los intereses que constituían gran parte de su fortuna y que el marino español había sacado de las cámaras de la *Jóven Amalia* con peligro de su existencia.

Aquellos dos jóvenes, casi de una misma edad y ambos favorecidos prodigamente por la naturaleza con dotes poco comunes físicas y morales, se veían á todas horas, subían sobre cubierta cogidos del brazo, cuando ella por su debilidad no podía soportar los balances del buque, juntos contemplaban los magníficos espectáculos que presenta la naturaleza en medio de la inmensidad del Océano, y se transmitían sus impresiones, y saboreaban la poesía y el encanto que la mano de Dios derrama sobre los mares. Y cuando transcurridos algunos días, pasaban algunos momentos sin verse y sin hablarse, se buscaban involuntariamente, como si una corriente magnética les atrajese, y concluyeron por ex-

perimentar una sensación desagradable, cada vez más intensa cuando la noche ó las exigencias del servicio los separaban.

Después de alimentar y saborear en silencio por espacio de algunos días la pasión que había invadido á la vez sus tiernos y sensibles corazones, sus ojos se encontraron en la oscuridad de una noche apacible, se detuvieron un instante en dulce é inexplicable arrobamiento; se humedecieron á la vez, y cuando uno y otro leyeron en los espejos de sus almas el amor que las inflamaba, dirigieron al suelo sus miradas sin atreverse á romper el silencio.

¿Ni para qué romperlo, si se habían dicho ya cuanto tenían que decirse? ¿si sabían ya cuanto les importaba saber?

El día á que en el principio de este capítulo nos referimos, se hallaban los dos amantes arrojados á la borda de pasamanos, cerca de la entrada de la toldilla, contemplando la salida del sol, espectáculo lleno siempre de poesía, pero más particularmente en alta mar, cuando los horizontes están limpios y las olas sosegadas.

Nadie había á sus inmediaciones que pudiese observarles ni distraerles de sus meditaciones. El padre de la joven no había salido aun de su camarote, la gente de popa dormía, y los marineros que se hallaban de cuarto conversaban y fumaban sus pipas en el castillo de proa, sin cuidarse de lo que pasaba al otro extremo del buque, por más que su vista pudiese desde allí abarcarlo todo, sin faltar al respeto que debían á su segundo jefe, el más querido para ellos de los oficiales del *Relámpago*.

Al destacarse todo el disco del sol sobre el horizonte, velado aun por una gasa color de fuego que perdía de brillo y de intensidad por instantes, los ojos de los jóvenes se encontraron por segunda vez, sus corazones palpitaron agitados por una emoción tiernísima, y el joven marino, por un movimiento involuntario cogió la mano de su querida, que esta le abandonó sin resistencia, la comprimó suavemente entre las suyas y la aplicó después á su corazón, como si quisiese hacerla tocar la violencia de sus palpitaciones.

— ¡Cuánto os amo! exclamó no pudiendo contener su emoción.

Las mejillas de la joven se cubrieron de carmin, y sus ojos humedecidos por las lágrimas de placer y de ternura que aquella súbita declaración de amor le arrancaban, se clavaron en el escarceo de las corrientes que azotaban blandamente los costados del *Relámpago*.

— ¿Y vos? preguntó el marino ciñendo la cintura de la joven.

Esta le contestó con una mirada más expresiva que la misma afirmación.

— ¿Y me amareis siempre? volvió á preguntar el piloto radiante de alegría.

— Siempre, siempre, balbuceó la señorita de Lionville mirando á su amante con una ternura inimitable.

— ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!

Y el segundo del bergantín llevó delirante á sus labios aquella hermosa mano que no había soltado aun.

El tenue chasquido de un beso se perdió entre el crujir lastimero de los aparejos y el murmullo de las olas, ligeramente agitadas por la brisa de la mañana.

Ninguno de los individuos de la tripulación del *Relámpago* había presenciado de cerca aquel solemne juramento de amor, hecho en medio del Océano, en presencia del sol naciente y bajo la inmensidad del espacio sin límites que sirve de dosel á los mares.

Pero el anciano M. de Lionville que asomó su venerable rostro por la escotilla de la cámara en el momento en que el piloto cogía la mano de su hija, lo había visto y escuchado todo.

El marino francés se sonrió al verlos juntos, se detuvo en la escalera por no interrumpir con su presencia aquel amoroso coloquio, y estuvo contemplando en silencio aquellos dos jóvenes que se hallaban á diez pasos sin sospechar siquiera que pudieran sorprenderlos, y sus ojos brillaron y se humedecieron á impulso de una satisfacción interior que no se cuidó de disimular.

La felicidad que los embargaba y el placer de haberse explicado tenían tan fuera de sí á los jóvenes, que no hallando palabras con que explicarse lo que sus almas enamoradas sentían en aquellos momentos, se entregaron á un silencio mucho más elocuente de lo que ellos mismos se imaginaban.

Cuando el anciano creyó que debía poner fin al éxtasis amoroso de los dos jóvenes, ocultó su cabeza, produjo con los pies un ruido capaz de llamar la atención de los amantes, subió sobre cubierta y se acercó á ellos.

Tras él subieron el capitán y los demás individuos del equipaje que tenían su puesto á popa, y se les acercaron también felicitándoles por lo temprano que habían abandonado sus camarotes.

— ¡Magnífico es el espectáculo que presentan en este momento los horizontes! les dijo M. de Lionville. ¿Hace mucho que lo estais contemplando?

— Un momento no más, le contestó el piloto algo desconcertado por el acento y las miradas del anciano.

— Pero bien aprovechado, repuso con dulzura el marino francés. ¿No es verdad, hija mía?

La joven se ruborizó.

— Apostaría, continuó el anciano, mis tres galones de capitán de navío, contra unas charreteras de almirante, á que ni uno ni otro lo olvidareis en muchos años.

Los dos amantes se miraron á hurtadillas, sin atreverse empero á interpretar favorablemente el oculto sentido de aquellas palabras que les dieron á conocer desde luego que había sido sorprendido su secreto.

— ¿Verdad que no lo olvidareis? preguntó de nuevo

M. de Lionville, como si experimentase un placer en prolongar la turbación de su hija y el embarazo de su joven libertador.

El segundo del *Relámpago* sostenía en su interior una lucha terrible; quería romper el silencio, deseaba expresar al anciano marino todo el amor, toda la pasión irresistible que su hija le inspiraba; pero el temor á una repulsa que destruyese en un solo instante sus ilusiones y su esperanza, detuvo la palabra en sus labios. Y era natural este temor.

La señorita de Lionville poseía, como hemos dicho ya, á más de una hermosura sin igual y de un alma más hermosa todavía, una fortuna muy considerable.

El marino francés había trabajado sin descanso durante cincuenta años en asegurarse para la vejez una posición desahogada é independiente, y cuando se vió padre de una criatura tan bella, redobló sus esfuerzos para ofrecerla un brillante porvenir cuando la dejase sola en el mundo.

Verdad es, que sin el arrojado y la prevision del piloto, aquella fortuna cuya mayor parte consistía en alhajas y numerario, se ocultaría entonces en el fondo del Océano entre los restos de la *Jóven Amalia*; pero esta idea no había pasado por la mente del generoso marino español, que solo consideraba su acción como el cumplimiento de un deber sagrado de humanidad que otro cualquiera hubiese cumplido como él.

Después de unos momentos de indecisión, fijó anhelante sus ojos en los del anciano para leer en ellos el porvenir que le aguardaba, aunque sin fruto, y ya se hallaba casi decidido á creer que su declaración de amor no había sido escuchada más que por el objeto de su cariño, y buscaba palabras con que satisfacer á su interlocutor, cuando la llegada del capitán vino á sacarle de situación tan embarazosa.

— La mañana está magnífica, dijo el jefe del bergantín dirigiéndose á M. de Lionville, y convida á que tomemos el café sobre cubierta. ¿Os parece bien que lo mande servir debajo de la toldilla?

— Sí por cierto, amigos míos; sí por cierto.

El capitán dió las órdenes convenientes, y un momento después dos pajes de cámara colocaban el servicio sobre la mesa, y el cocinero concluía de preparar el desayuno para la gente de popa.

A la voz de — está servido el café — dada por uno de los pajes, todos se dirigieron á la mesa. M. de Lionville ocupó la silla que el capitán le ofreció; el piloto colocó otra á la derecha del anciano para que se sentase la joven francesa, y se disponía á ocupar el puesto que según su rango á bordo le pertenecía, cuando el anciano, dirigiéndose al capitán:

— ¿Permitireis, amigo mío, le dijo afectuosamente, que vuestro segundo se siente hoy á mi lado? Es un capricho que no dudo satisfareis.

El capitán dejó al piloto la silla colocada á la izquierda del anciano.

El joven dió gracias á entrambos por su galantería, y en las furtivas miradas que los dos amantes se dirigieron, se descubría muy bien el placer que aquella deferencia les causaba, y que uno y otro la tenían como un pronóstico favorable á su amor.

Terminado el desayuno, el capitán del *Relámpago* se dirigió al marino francés, ofreciéndole como tenía de costumbre un cigarro puro y la *mecha* para que lo encendiese.

El anciano tomó la *mecha* y el cigarro, el capitán encendió después el suyo, entregó la *mecha* á uno de los pajes, que fué ofreciendo á los demás por orden de sus respectivas categorías el fuego sagrado que se guarda y conserva en los buques con el mismo esmero con que lo guardaban y conservaban en el templo de Vesta las vírgenes consagradas al servicio de esta diosa.

— Ya recordareis, mi querido M. de Lionville, dijo el capitán ocupando de nuevo su asiento, que tenéis contraída con nosotros una deuda, que ninguno, según creo, está dispuesto á perdonaros.

— ¿Una deuda? exclamó el anciano apoyando sus codos sobre la mesa.

— Habeis ofrecido referirnos, prosiguió el capitán, vuestra vida y vuestras angustias durante los últimos quince días que pasasteis á bordo de la *Jóven Amalia*, y nunca mejor que ahora...

— Con mucho gusto, mis queridos amigos, le interrumpió el anciano, son recuerdos muy tristes los que tendré que evocar; pero ellos harán resaltar más y más lo que debemos mi hija y yo á vuestros generosos esfuerzos, sin los cuales estaríamos en este momento sirviendo á los peces de pasto.

— Exagerais demasiado, le interrumpió el piloto ruborizándose, un sacrificio, que ni aun merece la pena de mencionarse. Nuestro deber...

— ¡El deber!... ¡el deber!... exclamó el anciano moviendo tristemente la cabeza. Ya vereis, mi querido libertador, en el curso de los tristes sucesos que voy á referiros, que los deberes no se cumplen siempre, sobre todo si hay en cumplirlos algún peligro, y no se ven al rededor testigos presenciales que puedan acusarnos mañana ante la humanidad ultrajada ó echarnos en cara nuestra falta.

— Pero solo un cobarde miserable, repuso con noble energía el joven piloto, puede abandonar en el peligro á sus semejantes, cuando está en su mano el salvarlos.

— Así es, hijo mío; y el marino marcó bien este dulce epíteto; pero habreis de convenir á pesar de todo, que no hay exageración en calificar de noble y altamente generosa vuestra conducta y la de vuestros valientes camaradas.

— Dejemos este asunto, mi querido M. de Lionville,

le interrumpió el capitán, y contadnos vuestros padecimientos que no debieron ser pocos.

El marino francés creyó que no debía insistir más, y se dispuso á dar principio á su narración en medio de un silencio solo interrumpido por el suave murmullo de las olas y el quejido de las velas al recibir á ráfagas la brisa que las impulsaba.

IV.

— Me sería imposible, amigos míos, principió diciendo el anciano, pintar con sus verdaderos colores el terror que se apoderó de mi alma, cuando después de haber recorrido uno tras otro todos los camarotes de la fragata, me convencí de que me hallaba solo á bordo con mi hija y el fiel animal á quien debemos en parte nuestra salvación, sin más auxilio que la misericordia de Dios en medio de la inmensidad de los mares.

El huracán continuaba soplando con una violencia espantosa, y la *Jóven Amalia*, entregada á sí misma, sin gobierno, sin un palmo de trapo que la sujetase, era el juguete de los encontrados golpes de mar que la lanzaban cual ligera pelota de viento de una en otra cumbre, para precipitarla después en profundas y espantosas simas que amenazaban tragársela por instantes.

Como en tal estado, los esfuerzos de un hombre solo por extraordinarios que fuesen no bastaban á guiar la fragata en medio de tan horrorosa tempestad, puse mi destrozado corazón en Dios, y me bajé á la cámara á esperar la muerte, con la cual contaba de una manera casi segura, procurando ocultar á mi querida hija lo desesperado de nuestra situación, pues era un golpe demasiado imprevisto y terrible para que la infeliz pudiera soportarlo sin prepararla de antemano. Además, presentía escenas demasiado angustiosas para que espontáneamente me arrojase á prepararlas, haciéndola ver la proximidad de la muerte que nos tendía sus descarnados brazos.

Afortunadamente para mi proyecto, la luz que ardía en nuestro camarote se había encerrado por precaución en un farol de talco al principiar la borrasca, y su claridad era tan tenue y amarillenta, que no la permitió leer en mi semblante pálido y desencajado, como forzosamente lo estaría, los crueles tormentos que me desgarraban el alma.

Contesté á sus preguntas aparentando una tranquilidad y una calma, que como comprendereis muy bien, amigos míos, estaba muy lejos de tener; la dije algunas palabras sobre la probabilidad de que el huracán cesase pronto de azotarnos, la estreché en mis brazos conteniendo apenas las lágrimas que se preparaban á vender mi secreto, y la rogué que se acostase.

Y la infeliz se acostó, sin sospechar siquiera que el catre que la recibía podía ser de un momento á otro su tumba, y yo me acosté también para destruir así hasta el último de sus recelos.

Algun tiempo después la marejada se fué calmando por grados bastante sensibles; el viento era cada vez menos impetuoso, y mi hija se durmió á las dos horas, no sin advertirme antes repetidas veces su extrañeza al no sentir ruido de voces ni de pasos sobre el puente, y al notar que ninguno de los individuos que ocupaban la cámara principal y los camarotes inmediatos á nuestro bajaban á descansar.

¡Quién le hubiera dicho á la infeliz que todos aquellos hombres, unas horas antes tan jóvenes, tan robustos, tan alegres, estaban ya en la eternidad!...

Ya comprendereis, queridos amigos míos, cuán dolorosa sensación produciría en mi alma cada una de sus observaciones y preguntas. Su instinto de mujer le anunciaba un gran peligro en el silencio que reinaba sobre cubierta, pero no sabía explicárselo, no podía creer en el espantoso desastre que acababa de tener lugar á bordo, por más que se hubiese presentado como probable á su acalorada fantasía en medio de los temores siniestros que la tenían sobrecogida.

Por más esfuerzos que hice para llamar en mi auxilio la conformidad y la calma; por más que quise confiar en la omnipotencia del Altísimo, me fué de todo punto imposible conciliar el sueño en toda la noche, y si hubo algunos momentos, que fueron muy contados por cierto, en que la esperanza ofrecía á mi enferma imaginación algún medio probable de salvación, al pensar en mi hija me estremecía de espanto y caía de nuevo en un abatimiento inexplicable.

Si estuviese solo, mi corazón, sobrado familiarizado con los peligros desde la niñez, no hubiera desfallecido seguramente, y esperaría resignado la suerte que al cielo le pluguiese depararme; pero la idea de ver morir á mi hija querida después de mil angustias y tormentos, era sobrado desgarradora para que dejase de anonadarme, y más cuando consideraba tan seguro y tan próximo nuestro fin.

La fragata era, como os he dicho ya, un magnífico buque; pero ¿cómo podía yo esperar que resistiese sin colarse por ojo, la furia con que los desencadenados elementos la combatían desde la puesta del sol?

Después de seis horas de tormento amaneció, y la claridad del día me prestó algún aliento y disipó una parte de mis funestos presagios. Mi hija dormía con la tranquilidad de un ángel, y subí de nuevo sobre cubierta, haciendo el menor ruido posible para que no se despertase.

El tiempo había calmado casi por completo, la marejada era ya poco considerable y disminuía de impetuosidad por instantes, y el viento se había llamado

al S.; y aunque bastante fresco, me hizo conocer que el huracán había pasado, y que no había nada que temer por parte de los elementos.

Pareciéndome imposible que no se hubiese salvado del naufragio alguno de los marinos, recorrí de nuevo todos los camarotes de proa, y estaban desiertos, completamente desiertos.

Con el fin de asegurarme del estado en que se hallaba el interior del buque, me acerqué á las bombas, dejé caer en una de ellas la sonda, y al sacarla se heló la sangre en mis venas, y tuve que cogermela con ambas manos á lo poco que había quedado del palo mayor para no caer al suelo: la fragata tenía cinco pies de agua en la bodega, cuando en la tarde anterior apenas había cinco pulgadas. Las escotillas estaban perfectamente cerradas, y no habiendo podido entrar por ellas una cantidad tan considerable de líquido, era indispensable que el casco hubiese sufrido durante el temporal averías que me sería imposible reparar.

Un golpe seco y bastante fuerte que sonó en aquel momento en el costado de babor y á las inmediaciones de la mesa de guaricion del palo trinquete, vino á sacarme de mi aturdimiento; me acerqué á la borda para ver lo que había producido aquel choque; el mastelero de velacho, sujeto por uno de sus aparejos que con la precipitación se había quedado sin picar, seguía al buque á flor de agua y chocaba de punta contra el costado con toda la violencia que las olas le imprimían. La parte del casco que había estado recibiendo sus duras investidas durante toda la noche se hallaba en muy mal estado, y comprendí desde luego que bastaba aquella sola avería para echarnos á pique antes de veinte y cuatro horas.

Corté al instante el cabo que retenía al mastelero, tomé apresuradamente del camarote que había ocupado el maestro calafate algunas herramientas, una porción de estopa, un barrilito de alquitran, una plancha de plomo y algunos clavos, y me bajé á la bodega á reparar en lo posible aquella terrible avería.

Por la unión vertical de dos tablas que habían cedido al choque, entraba en el buque un chorro continuo que tendría como pulgada y media de diámetro. Calafateé como pude aquella terrible hendidura, clavé sobre la parte lastimada la chapa de plomo, y después de cerciorarme, en cuanto la carga del buque me lo permitía, que el resto de los fondos se hallaba en muy buen estado, subí sobre cubierta algo más tranquilo.

Mi pobre niña, pálida como un cadáver, estaba de pié inmóvil como una estatua de piedra junto á la entrada de la cámara, paseando su vista casi extraviada por aquella escena de desolación.

En cuanto me vió asomar por la escotilla, corrió hacia mí con los brazos abiertos, tan ciega, que estuvo á punto de precipitarse en la bodega, y se arrojó en los míos, sollozando con una opresión y una violencia que me desgarraban el alma.

La infeliz había comprendido que estábamos solos, y medido todo el horror de nuestra situación, y me costó muchísimo trabajo convencerla de que con el auxilio de Dios podíamos salvarnos de la muerte. Tras unos momentos de terrible angustia en que no podía desprenderse de mis brazos, prorumpió en llanto, y las lágrimas la tranquilizaron.

Al fin, ella por mí y yo por ella, concluimos por disminuir recíprocamente nuestros temores y los funestos presentimientos que nos asaltaban, y nos esforzábamos de tal modo en aparecer serenos y tranquilos, que hubo instantes en que la sonrisa entreabrió nuestros labios.

Ya comprendereis, amigos míos, el doble martirio que atormentaría nuestras almas en aquella horrible soledad.

Como sucede siempre al principio de un viaje largo, abundaban á bordo el bizcocho y los víveres de todas clases, y el almacén del agua se hallaba en muy buen estado, de modo que por esta parte tan esencial no había motivo para que nos inquietásemos.

Con el fin de suplir la falta del fogón que los golpes de mar se habían llevado, arreglamos en uno de los ángulos de popa una pequeña cocina hecha de tablas forradas con planchas de cobre, trajimos del camarote del despensero los útiles necesarios, encendimos nuestra lumbré, y mi pobre niña, que gracias á los cuidados de su buena madre, había aprendido cuanto conviene que sepa una mujer llamada á ser algún día dueña de su casa, preparaba la comida con el mejor acierto y voluntad, mientras yo estaba al timón ó me dedicaba á otras faenas más penosas.

Tranquilo algún tanto por esta parte, y más aun al ver la conformidad con que mi hija sobrellevaba las fatigas y el peligro, sin que se la escapase á mi vista la queja más insignificante, ni mostrase el menor sobresalto; bajé á la cámara, examiné el diario de navegación que llevaban el capitán y los dos pilotos, consulté la carta hidrográfica en que el oficial de derrotas iba marcando la nuestra, y deduje de todos mis cálculos y observaciones, que debíamos hallarnos próximamente unas noventa ó cien millas al S.-E. de la isla Rodrigo.

Si la fragata no estuviese desarbolada y fuese posible que un hombre solo manejase convenientemente el aparejo, nos bastaban diez ó doce horas de un regular andar para ponernos á la vista de sus costas; mas ¿qué podíamos hacer sin palos y sin un palmo de vela que largar?

Pero como el hombre halla siempre para conjurar el peligro fuerzas y recursos sobrehumanos, mientras el abatimiento no se apodera de su ánimo, conseguí

colocar ayudado de mi hija y después de un impropio trabajo, un aparejo á proa, largamos en él uno de los juanetes de repuesto y un foque, que se hincharon poco después á impulso del viento S. que corría, y me puse al timón, gobernando en vuelta del N.-O., con la esperanza de recalar á una de las Mascareñas ó á la costa oriental del Africa.

BALDOMERO MENENDEZ.

(Se concluirá.)

Expedición española á Marruecos.

Hé aquí una correspondencia de Cádiz en que se describe un embarque de tropas en aquella ciudad, y su llegada á Ceuta:

« El embarque de las tropas del segundo cuerpo expedicionario que iban muy animadas, duró todo el día. Los buques destinados para el transporte fueron los vapores de guerra españoles *Isabel II* y *Marqués de la Victoria*; los mercantes *Barcelona*, *Provence* y *Seine*, estos dos últimos franceses, fletados por el gobierno; el bergantín *Destino* y la urca *Niña*, memoria consagrada á aquella valerosa carabela en que los heroicos compañeros de Cristóbal Colon, sin espantarse ante la inmensidad de un mar jamás surcado, se lanzaron en busca de un nuevo mundo.

No es fácil describir la animación que reinó durante el tiempo que tardaron hombres, caballos, acémilas, bagajes y pertrechos en pasar á bordo. Los soldados marchaban alegremente hacia el embarcadero formados en dos filas, y penetraban en los vapores ordenada y pausadamente para evitar toda confusión. Mas difícil fué el embarque de los caballos y acémilas.

Los pobres animales, suspendidos de unas fajas, eran trasladados á las chalanas por medio de machinas, á fuerza de brazos y pateando por los aires, como debió patear aquel á quien, según un cuento antiguo, los vecinos de un pueblo se empeñaron en subir á la torre para que comiera una rica mielga imprudentemente nacida entre las pizarras. Por fortuna no se inutilizó ninguna caballería, y eso que fué preciso traspasarlas de nuevo desde las chalanas á los barcos que debían conducir las hasta las costas africanas.

A las nueve de la noche estaban á bordo las tropas y todo el material esperando la hora de partida. ¡Qué espectáculo tan imponente y majestuoso era el que á aquella hora ofrecía el mar, poblado de naves iluminadas con luces de distintos colores, que se perdían á lo lejos hasta confundirse alguna con la de las estrellas! El silencio de la noche, el resplandor de la luna, el sentimiento patriótico de la misma empresa que iba á acometerse, el murmullo de las olas, la costa, que se dibujaba como una inmensa mancha negra á poca distancia de nosotros, todo contribuía á aumentar la emoción que á todos nos embargaba.

Por fin el vapor *Isabel II* dió la señal de partida, y todos los buques emprendieron la marcha con rumbo hacia Ceuta. Yo iba en el *Provence*. A estribor navegaban los buques de guerra; á babor por la proa el *Barcelona* remolcando al *Destino*, y por la popa el *Seine*, al cual llevábamos bastante ventaja.

Al rayar el alba ya se divisaban confusamente como nubes perdidas en el horizonte las crestas de Sierra Bullones y del cabo Espartel. Las costas españolas se veían también, bellas siempre, y más bellas entonces para nosotros que las contemplábamos por la postrera vez, tibiamente alumbradas por los morados resplandores de la aurora. Poco antes de la salida del sol, que se verifica de un modo repentino, como si el astro del día brotara del seno de las ondas rompiéndolas violentamente, las costas africanas aparecieron envueltas en una inmensa faja rojiza, que cortaba el horizonte más allá de lo que nuestra vista podía alcanzar.

A las nueve pasamos por frente de Tarifa y de Sierra Bullones, que son los dos puntos más próximos entre sí de ambos lados del estrecho. Tarifa es una ciudad blanca y brillante como todas las ciudades de Andalucía que he visto desde el mar, y como si quisiera la naturaleza misma ofrecer un contraste entre estas dos puntas de Europa y Africa, Sierra Bullones se levanta sobre las olas como un gigante negro y amenazador, á consecuencia de los espesos bosques que la cubren.

El *Provence* navegaba más inmediato á las costas de España que á las de Africa, y esto fué causa de que no distinguiéramos como hubiéramos querido los muros de la antigua Tánger, donde se puede decir que ha tenido su nacimiento esta guerra. Vimosla sin embargo, aunque vagamente á favor de los anteojos, y vimos también á nuestro paso levantarse grandes humaredas en las cumbres africanas, sin duda para anunciar á los ejércitos marroquíes la aproximación de la escuadra.

Por la parte de España vimos el cabo de Trafalgar, célebre en la historia de nuestras desventuras marítimas, y poco antes la llamada Torre del Tajo, donde empieza verdaderamente la boca del Estrecho.

No lejos de esta torre existió antiguamente una ciudad populosa, de la cual todavía en las excavaciones se encuentran rastros y recuerdos. Hoy es una sierra pedrada y árida, triste y desconsoladora, memoria de los rigores del tiempo que pasa por los imperios, arrasándolos y entregando al viento sus ruinas convertidas en polvo.

Solo, descarnado y seco, como avergonzado de su suerte y de nuestro abandono, álzase no lejos el famoso Peñón de Gibraltar, retazo de nuestro manto imperial, que conserva, á pesar de las leyes de la justicia y de la



PASO DE LA ARTILLERIA ESPAÑOLA POR LAS GARGANTAS DE SIERRA MORENA EN DIRECCION A CADIZ, PUNTO DE EMBARQUE PARA AFRICA.

geografía, esa nación ahora tan interesada en conservar lo que ella llama la libre navegación del Mediterráneo; frase astuta y engañosa, con la cual, mejor que con sus cañones, trata de defender una plaza adquirida sabe Dios cómo y sostenida como Dios le da á entender. Gibraltar, según la opinión de personas que le cono-

cen, está en visible decadencia, y todavía sería esta más rápida, si el gobierno español declarase á Ceuta puerto franco, y modificara en sentido liberal nuestro sistema arancelario.

Pero dejando aparte esta cuestión, voy á proseguir la descripción de nuestro viaje como fiel y exacto cro-

nista; que Vds. mejor que yo pueden extenderse en consideraciones sobre el medio de deshilar, ya que no pueda recuperarse ese giron de nuestra bandera que flota por desgracia, unido á un pabellon extraño.

En el vapor tuve el gusto de conocer á varios jefes y oficiales distinguidos.



INFANTERIA DEL EJERCITO ESPAÑOL DE AFRICA.



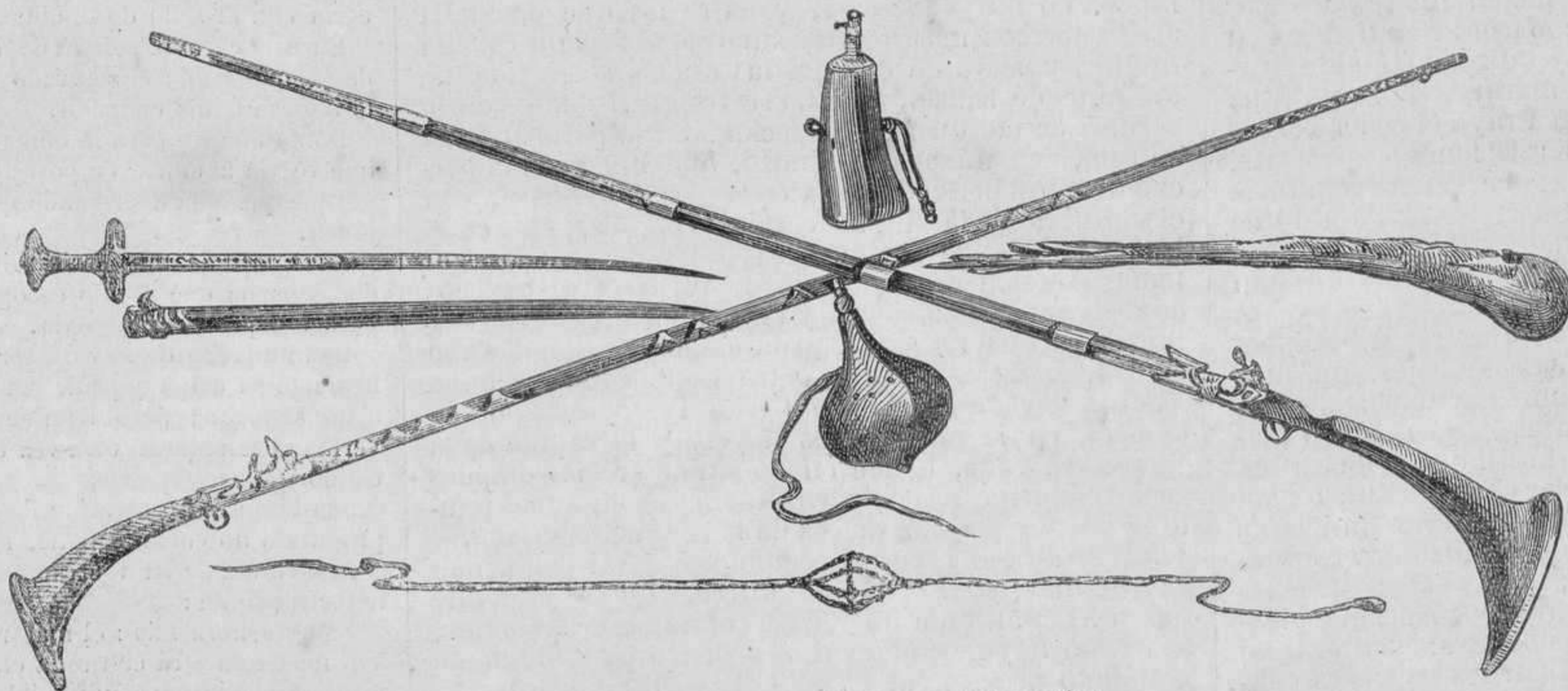
SOLDADOS DEL BATALLON DE INGENIEROS DEL EJERCITO ESPAÑOL DE AFRICA.



VISTA DE MELILLA.

En nuestro vapor venia tambien agregado al cuartel general, con el carácter de intérprete, un moro argelino llamado Agia Betain, que ha servido por muchos años en el ejército francés y que tiene en su cuerpo 14 heridas, por una de las cuales, que está en el cuello, gotea el agua ó el vino cuando se entrega á sus libaciones.

¡El vino! dirán Vds. ¿Pues acaso la ley de Mahoma, que es la suya, no le prohíbe el uso de este licor benéfico de que por desgracia tanto abusan los cristianos? Eso

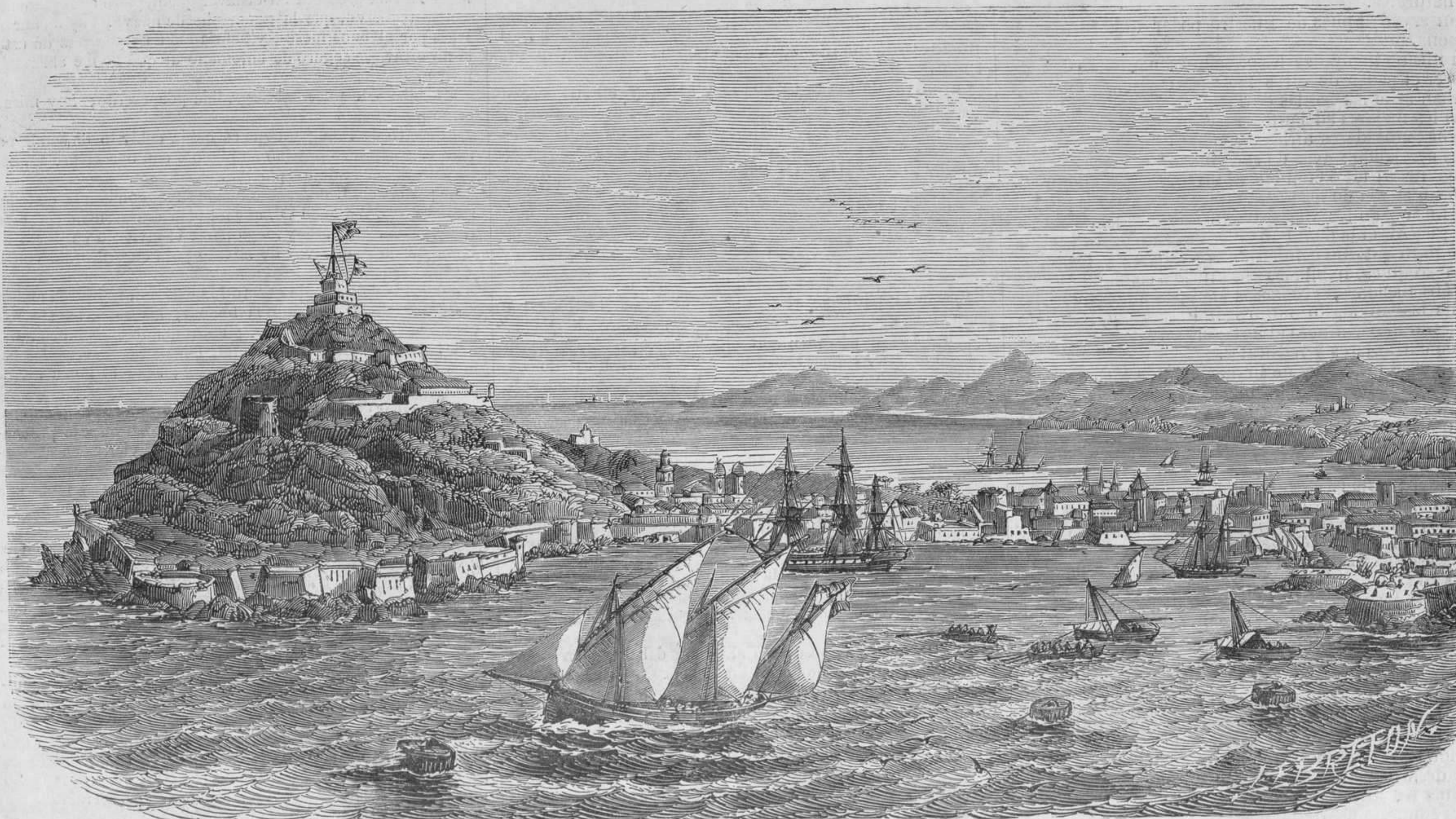


ARMAS TOMADAS A LAS TROPAS MARROQUÍES.

mismo le pregunté yo, viéndole trasegar á su ancho estómago vaso tras vaso el jugo de la uva; pero él, sin turbarse me contestó con el siguiente adagio: «Moro fino, come tocino y bebe vino.»

Buen provecho le haga, y quiera Dios que cumpla mejor con los españoles que con las prescripciones del Coran.

Ayer á las tres de la tarde, despues de una felicisima navegacion desembarcamos en Ceuta. Antes de entrar en el puerto, vimoshacia la Sierra Bullones el campa-



VISTA DE CEUTA.

mento de nuestros soldados, y ondear en las alturas el pabellon de Castilla.

A la espalda de la cristiana Ceuta, mirando al mar, se alza el Hacho, una de las columnas que la mitología cree levantadas por Hércules: la antigua Abila.

La ciudad está fuertemente fortificada; altas murallas la circundan por todas partes, en donde flota orgullosamente la bandera española.

La ciudad, como Vds. saben, perteneció antiguamente á los portugueses; pero de su dominacion se conserva poco ó nada; yo solo he visto el título de dos calles: la de *Machado* y la de *Duarte*.

Excuso advertir á Vds. que no hay en Ceuta donde alojarse; que los viveres cuestan carísimos y que no se ven por todas partes sino soldados.

— Acerca de las operaciones militares de nuestras tropas en el territorio de Africa, despues de la toma del Serrallo, posicion fortificada hoy de un modo formidable, diremos que ha habido ya varias acciones en las cuales nuestros soldados se han conducido con el arrojo y valor que han caracterizado en todo tiempo al soldado de España. El moro se bate con un ímpetu feroz, y se deja matar antes que rendirse. Hé aquí sobre esto de no rendirse un artículo que hallamos en la *Gaceta Militar* de Madrid, que explica esa tenacidad del enemigo salvaje con quíe luchan hoy los soldados españoles.

«Tantos años han pasado sin que los vecinos habitantes de Africa, los marroqueses hayan visto, ya que no experimentado, las muestras y los resultados de nuestro poder nacional, que se habian olvidado, no de que habian sido conquistadores de la España, sino de que los españoles despues de vencerles y arrojarlos de la península llevaron diferentes veces sus armas del otro lado del Mediterráneo, y las vencieron y fueron el terror de la morisma en tierra y en mar.

Acaso los santones ancianos del pueblo marroquí recuerden entre sueños alguna interesante accion de guerra que oyeron de niños referir á sus padres; tal vez un trofeo propio ó ajeno, resto de nuestras expediciones y de una sangrienta lucha, interrogado por algun curioso rifeño, hále hecho pensar en tiempos en que aun luchaba con España, y quizá oyó á algun europeo narrar las hazañas del marqués de Santa Cruz y de otros capitanes que tenian á raya el poder berberisco; pero sin duda que estas relaciones ó memorias, mas bien que inclinar el ánimo de los marroqueses á la contemplacion de nuestro poder, les servia solo de agradable solaz para entretener fugitivos momentos, como los poemas y los cuentos de sus héroes deleitan alguna vez sus horas.

En tantos años trataron solo en nuestras poblaciones africanas con un corto número de soldados, que aunque veian relevar, no vieron aumentar muchas veces; en nuestras salidas de esas plazas contemplaban mas bien el deseo de una diversion hostil que el de un objeto de osada conquista ó ejemplar escarmiento; tenian muy presente el tratado de 1845 sobre los límites de Ceuta, que envalentonó su brio y les hizo creer en un principio de engrandecimiento; no divisaban desde las orillas de sus playas esas escuadras españolas que alarmaron tantas veces á sus ascendientes; y en el trato del comercio en sus puertos estaban los españoles considerados solo como mercaderes; y aun era escaso el cambio de productos y las mutuas relaciones entre ambos naturales.

Conservaban pues de nuestro poder una idea muy pequeña.

Al mismo tiempo se les ofrecia frecuente ocasion de conocer el poder de otras naciones; buques enormes pasaban ante las bahías de Tánger y Rabat ostentando todos los mejores adelantos marítimos; un día, en los propios fondeaderos africanos podian inspeccionar esas moles arrojando salvas de sus numerosas y gruesas bocas de fuego; tal ó cual oficial turco al viajar por Tánger les instruía de los memorables hechos de la guerra de Crimea y de los vastos recursos de Francia é Inglaterra; en Argel podian palpar las fuerzas contra las que en vano intentaron combatir para vencer; y los puertos marroqueses, habitados por muchos comerciantes de esas dos naciones, propensos siempre á adquirir, las familiarizaban algun tanto con ingleses y franceses en cuanto lo permitiera el antagonismo de las costumbres de extranjeros y naturales.

Tenian de Francia y de Inglaterra una idea grande.

Bajo la dominacion de semejantes conceptos se encontraban los marroqueses cuando la simple demostracion de fortalecer una avanzada nuestra en el campo de Ceuta bastó para que procedieran á acciones del mas bajo desprecio, y á ofensas nacidas de la mas salvaje insensatez; y no es extraño que hasta el mismo emperador, engañado sobre la verdadera fuerza de nuestros recursos, al tratarse de las satisfacciones que esas ofensas reclamaban, no fuese, no digamos pródigo, que no debe serlo el que representa un reino, sino justo al menos como teniamos derecho á esperar.

Desde entonces, desde que la guerra se declaró, no hay clase de mala opinion respecto al número y á las cualidades de nuestro ejército, que los moros no hayan formado hasta el momento de comenzarse el combate. No es una vulgaridad lo que se ha dicho, lo que todos hemos oido; los moros tenian mala opinion de nuestros soldados; no les creian cobardes, porque aunque en pequeña escala habian experimentado su valor; pero no se formaban una idea justa de él cuando nos comparaban desfavorablemente á los franceses en el temor que estos les infundian, y en el valor que inspiraba nuestra supuesta desventaja.

Bajo tales impresiones acudieron los moros á la pelea, ayudados además de la conciencia de su causa que creian justa, y de su fanatismo, venda que les comunicaba al cegarles una osadía feroz. Se conoce que el día de la toma del Serrallo no se hallaba aun en el campo de Ceuta la fuerza de Muley-Abbas, ó no consideraba el terreno á propósito para empeñar una accion formal. Posteriormente, y conocido el objeto de nuestro avance, preparan sus fuerzas, y el día 22 se lanzan contra nosotros con mas valor que habilidad y fortuna; el día 24 se baten ardentemente; el día 25 se precipitan desesperados; y el día 30, de amargo recuerdo para su fuerza y su poder, se aventuran á una muerte cierta, se consideran perdidos, y en vez de pedir piedad vomitan injurias; en vez de deponer las armas, las enarbolan y pronuncian una palabra fatal: no nos rendimos.

«No nos rendimos,» terrible jactancia! ¿Con que los que ayer capitulan con los franceses, y les satisfacen con dinero y buen trato, hoy *no se rinden* á los españoles aun viendo la muerte sobre su cuello? No es el fanatismo, no es el sentimiento de amor patrio, no es la pérdida decisiva de una batalla la que les impele á ese sacrificio; es otra cosa; bien lo sabemos.

Conservaban de nuestro poder una idea muy pequeña.

Tenian de Francia y de Inglaterra una idea muy grande.

Hasta aquí el artículo de la *Gaceta Militar*. De este modo pues la guerra será sangrienta; en los combates habidos hasta el día y señalados en ese artículo, los moros, segun un parte oficial, han perdido 5,000 hombres. Sus heridos, añade el mismo parte, mueren generalmente, porque para su curacion usan del sistema de cauterizacion.

Publicamos dos vistas, una de Melilla y otra de Ceuta. La perspectiva de Ceuta desde el mar es bellísima, pues sus blancas casas y preciosos jardines se ostentan en anfiteatro sobre el istmo que une á la fortaleza Almina con el campo del Moro. Un triple recinto de murallas, no muy antiguas, y entre las que descuella algun torreón morisco, rodean esta fortísima colonia militar, y sirve de dique á las osadas acometidas de los hijos de Ismael, que no se resignan jamás con la pérdida de tan querida poblacion. En la parte antigua de esta, denominada la ciudad, que linda con el pais enemigo, está situada la extensa playa de Africa, con el santuario de la Virgen del mismo nombre, ante cuyo baston de mando rinden el suyo los gobernadores al tomar posesion de su autoridad. Varios otros edificios de regulares proporciones y entre ellos una torre célebre en la historia, se alzan tambien orgullosos en la ciudad, mientras que en la otra parte denominada la Almina se ve la estatua de Carlos IV, de mármol de Génova, en la plaza de los Reyes, y la capilla de la Virgen del Valle, donde en accion de gracias despues de la conquista, resonó por primera vez en aquel punto la dulce y persuasiva voz de la religion cristiana.

Allí se alza el gigante promontorio rival del peñon de Gibraltar, y en el que los antiguos que le denominaron Abila, fijaron una de las columnas de Hércules; sirviendo hoy bajo el nombre morisco de Almina, de grandioso pedestal al formidable castillo del Hacho, levantado en 1771 sobre las ruinas de una antigua fortaleza.

En un barrio especial de Ceuta, cuya historia es demasiado conocida de todos, habitan algunos moros que practican fielmente sus ritos bajo la direccion de un iman.

El clima de Ceuta es suave y sano, y en sus cercanías hay parajes tan deliciosos como de difícil acceso, lo cual atestiguan este dicho célebre de su cadí, Ebd-Ayadh: «Septah es como el paraiso, pues para llegar á él es preciso transitar por el Sirak.» X.

Revista de Paris.

Una inglesa joven y rica al llegar en la última semana á Paris, notó que le faltaban sus diamantes; el cofrecillo que los encerraba habia desaparecido.

No obstante, estaba bien segura de haberlos sacado de Londres.

En el camino se habia detenido á hacer una visita en Boulogne, y allí se habia puesto su aderezo; despues se acordaba perfectamente que le habia vuelto á colocar en el estuche, cuya llave conservaba siempre colgando de la cadena de su reloj.

En Boulogne habia tomado el ferro-carril, y habia puesto á su lado el cofrecillo, que no abandona nunca cuando viaja. ¿Cómo explicar su pérdida? El estuche no habia podido salir solo del cofrecillo.

Hizo una reclamacion á la compañía del ferro-carril, pero la contestaron que no habian hallado nada.

Entonces una sospecha que en vano trataba de combatir, se apoderó de su mente.

Habíase encontrado sola en el wagon del ferro-carril con un joven elegante y de buena educacion. El joven se habia nombrado, y la inglesa pudo conocer que tenia un nombre distinguido. Parecia estar en relaciones con la mejor sociedad segun su tono y sus modales.

Este joven se habia mostrado muy amable con su compañera de viaje; la habia dirigido algunas palabras de galanteria, y habia concluido por pedirle permiso para presentarse en su casa.

— ¡Ah! No aprovechará mi permiso, decia la inglesa, pues

ha debido ser él quien en un momento de distraccion y con la inexplicable habilidad que poseen los caballeros de industria, habrá abierto el cofrecillo y robado el estuche del aderezo.

Y al hablar así no podia menos de experimentar cierto sentimiento de amargura.

La inglesa habia perdido dos cosas: un aderezo de diamantes que valia cuarenta mil francos, y una ilusion que tambien valia mucho.

Sus amigos la aconsejaron que hiciera una declaracion á la policia; pero ella vacilaba, aunque estaba muy en la persuasion de que el amable joven que habia viajado en su compañía era el autor del robo de sus diamantes.

Estando en esto, habian pasado dos dias despues de su llegada, y se presentó de repente el joven en cuestion detrás del criado que habia anunciado su nombre.

La inglesa se quedó atónita.

El joven entró con mucho desembarazo, con aire muy gracioso y risueño, y entabló la conversacion de la manera mas afable.

La inglesa, en el colmo del asombro, cortada y un tanto asustada, no le respondia mas que con monosílabos.

Sorprendido con aquella acogida, pidió explicaciones, y sus preguntas aumentaron la turbacion de la inglesa.

Al poco rato, confuso con lo que veia, el joven se despidió de la dama.

En cuanto salió, la inglesa arrojó en su derredor una mirada inquieta, diciéndose si aquel atrevido ladron no se habria llevado alguna cosa.

— ¿Estais bien seguros de que ha salido de casa? preguntó á sus criados. ¿No se habrá escondido por ahí en otra pieza?

Y fué á mirar en el escritorio donde encerraba su dinero.

Nada faltaba. Algunos objetos de valor que se veian sobre los muebles atestiguaban que nadie habia cogido nada.

— Habrá venido á estudiar las localidades, se decia la inglesa, y volverá mas tarde cuando tenga preparado ya algun golpe de mano. ¡Fuera incertidumbres! voy á mandar mi declaracion al comisario de policia.

En el momento en que tomaba la pluma, la entregaron una carta con el sello de Boulogne.

En esta carta la señora de la casa á quien habia visitado la decia que habia encontrado sus diamantes en el cuarto que la inglesa habia ocupado.

Doble alegría para la dama. Se hallaba muy contenta porque volvía á entrar en posesion de su aderezo, y sobre todo porque quedaba averiguado que no era un ladron el amable joven.

Avergonzada con las injuriosas sospechas que habia tenido, pensaba qué medio escoger para ofrecer al joven la reparacion que le era debida.

La franqueza de su carácter la aconsejaba confesar sencillamente su culpa y pedir por ella su perdon. Deseaba volver á ver al joven; pero aquí se la ocurria una duda: ¿se atreveria á presentarse otra vez cuando habia sido tan mal recibido?

Sus temores no carecian de fundamento: el joven se habia propuesto no volver á poner los piés en su casa.

Al otro día de su visita escribió á la inglesa una carta del tenor siguiente:

«Muy señora mia: el mal recibimiento que me ha hecho Vd. me demuestra con toda claridad que no debo repetir mi visita. Sin embargo, advertiré á Vd. que tenia permiso para hacerla. En eso está mi excusa. Ignoro cómo ha podido merecer una tal promesa un disfavor que deploro amargamente.

»No tema Vd. que la importune de nuevo. Voy á salir de Paris por algunos meses, y habria ido á despedirme de usted si no estuviese seguro de antemano de que no me abririan la puerta.

»Reciba Vd. pues mi despedida por escrito; hoy mismo salgo para Niza.»

El rostro de la inglesa que se habia cubierto de sombra al leer esta carta, se iluminó de repente con una alegre sonrisa producida por la última palabra.

— ¡Feliz acaso! dijo á una amiga suya, confidenta de todos sus secretos. Ya sabe Vd. que mi idea era permanecer unos cuantos dias en Paris y luego pasar el invierno en Niza. No creo que dirán que voy de intento para encontrarme con el joven.

— Si no lo dicen, de seguro lo pensarán, repuso la amiga.

— ¡Paciencia! exclamó la inglesa; los médicos me han aconsejado el clima de Niza, y antes que todo es mi salud.

Y la inglesa, dice M. E. Guinot, de cuya última crónica hemos extractado el hecho en cuestion, salió el lunes último para Niza.

Ha muerto esta semana en Paris, apenas á la edad de cuarenta años, un hombre que ha sido victima de esa preocupacion vulgar que existe aun en Francia en ciertas clases contra los que se consagran á una carrera artistica.

En su juventud el sugeto á que nos referimos tenia una aficion loca á la escultura, y desde luego demostró un talento que daba las mas grandes esperanzas.

Desprovisto de patrimonio, pero lleno de confianza en e porvenir, este joven artista no tenia mas pariente que un tio muy rico, lleno de buenas cualidades, muy afable y servicial con sus amigos, pero que desgraciadamente profesaba una aversion profunda á los artistas.

Era, digámoslo así, el único defecto de su excelente carácter.

Mientras solo habia visto en su sobrino el deseo de adquirir los conocimientos á que puede aspirar un aficionado, no habia demostrado la menor inquietud ni habia dicho nada; pero el día en que llegó á notar que el talento crecia, y que el joven le cultivaba formalmente, no como un accesorio de su educacion, sino como el asunto principal de su vida, puso el grito en el cielo y entabló la lucha con desesperacion.

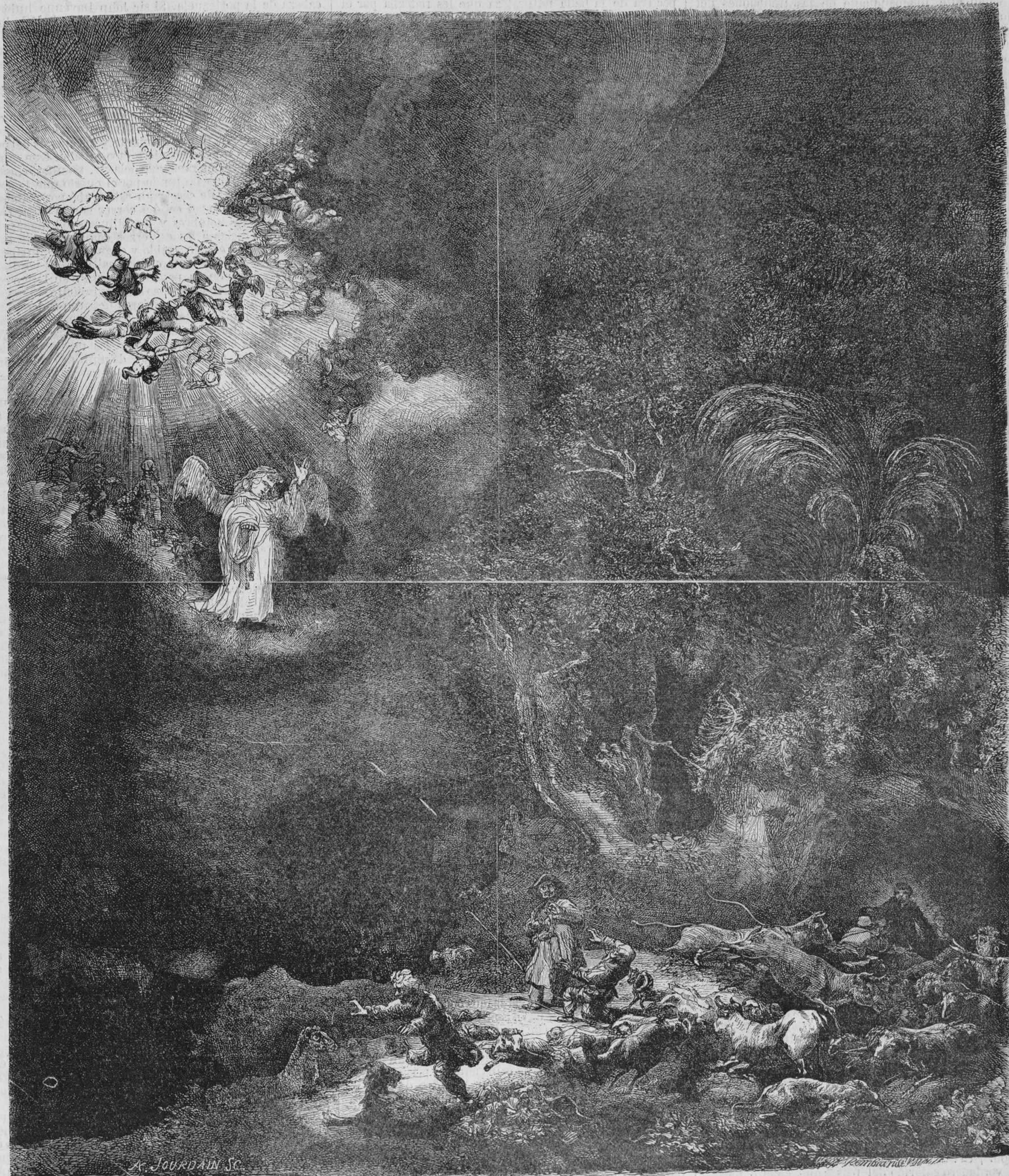
Despues de haber agotado todas las declamaciones que se usan en casos semejantes, viendo que predicaba en un de-

La Anunciación de los pastores por Rembrandt.

Rembrandt, el gran maestro del claro oscuro, el artista de genio que abrió á la pintura una nueva vía por el perfecto acuerdo con que trata la luz y las sombras, no es menos maravilloso en sus estampas que en

sus cuadros, sino que se muestra en ellas igualmente creador y original, y su habilidad como grabador ha tenido tantos imitadores como su talento en la pintura. Sea cual fuere el asunto que trate en sus aguas fuertes, manifiesta siempre una viva preocupación del efecto luminoso; no empleaba más que la punta que maneja con mucha libertad, y á veces con una finura y

delicadeza que dan tanto más valor á las pruebas buenas de sus grabados, cuanto que esas cualidades se disminuyen en las pruebas procedentes de las mismas planchas retocadas. Esta desigualdad de mérito se encuentra con frecuencia en las estampas; de este modo en la de la *Anunciación á los pastores* que aquí reproducimos, los arcos del puente no se ven claros sino en



LA ANUNCIACION DE LOS PASTORES, GRABADO DE REMBRANDT.

las pruebas buenas, que son muy escasas; en las últimas tiradas el fondo no se distingue ya; el admirable efecto del claro-oscuro ha desaparecido poco á poco, y la estampa ha tomado un aspecto gris y apagado.

Rembrandt ha tomado el motivo de su composición de este pasaje de san Lucas: «Había allí pastores que pasaban la noche en los campos cuidando de sus ganados. De repente un ángel del Señor se presenta á ellos,

y quedaron rodeados de una luz divina y tuvieron mucho miedo. Entonces el ángel les dijo: No temais; pues os anuncio una grande alegría que será para todo el pueblo, y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador.»

Lo que llama al instante la atención en la composición del célebre artista holandés, es la singularidad de la concepción y el movimiento dramático que la ha

comunicado. «¿Qué fuerza en la pantomima de los pastores y qué sentimiento en el dibujo de los animales! dice M. C. Blanc. No es nada dibujarlos bien; Poffer los dibujaba igualmente, y Dujardin, y Roos, y otros muchos... pero, ¿no parece aquí que esos animales tienen un alma ó que les agita un demonio invisible? Rembrandt se absorbe tanto en su idea, que su rápida mano apenas puede seguir los movimientos de

su espíritu. Querubines, pastores, animales, todo lo dibuja de inspiración, y si á veces el contorno le falta, en cambio ha sabido fijar el ademán con una exactitud incomparable; el rasgo va derecho al pensamiento, y el conjunto del cuadro se hace mágico por la elocuencia del claro-oscuro. »

En este asunto religioso como en la mayor parte de sus producciones, Rembrandt ve ante toda cosa un efecto de luz, y así es que se muestra en su genio propio, completamente independiente de las tradiciones del estilo elevado, y no por ignorancia, pues las colecciones artísticas que había reunido y las estampas de Marco Antonio que poseía, prueban que no solo no le era desconocido el arte italiano, sino que le admiraba; pero su talento no tiene ninguna afinidad con la corrección de dibujo, con el gusto purificado é ideal de los maestros de Florencia y de Roma.

Rembrandt ha dado tipos vulgares y grotescos tanto á sus pastores, como al ángel que les muestra el cielo entreabierto y resplandeciente de claridades celestiales. En lo alto del cielo en torno de la gloria luminosa revolotean una porción de angelitos que forman el cortejo del Espíritu Santo, y manifiestan su alegría al saber la buena nueva, con las actitudes más extrañas.

Al punto se ve que esos pastores no son los de la antigua Judea, sino los boyeros que Rembrandt hallaba en las inmediaciones de su casa. La única cosa con que haya querido recordar la topografía de la Biblia, es una palmera que apenas se distingue entre las malezas que cubren la caverna que sirve de abrigo á los pastores. Los animales, sin más precisión que las figuras en el dibujo, se hallan bien estudiados en sus movimientos; pero sus proporciones relativas están mal observadas, como se nota sobre todo en el carnero gigantesco y fantástico que está á la izquierda.

El culto por los grandes artistas no debe llegar hasta divinizar sus defectos. Se admiran las cualidades que brillan particularmente en su talento; pero la admiración de estas cualidades no debe impedir que reconozcamos aquellos puntos que descuidan ó que no han sido comprendidos por ellos debidamente.

J. D. P.

EL DOCTOR ANTONIO.

I.

GRANDES Y PEQUEÑOS.

Un hermoso día del mes de abril de 1840, un coche de viaje, lanzado al galope de cuatro caballos briosos, seguía estrepitosamente el camino de la Cornisa, que pasando por el litoral occidental de la Riviera de Génova, conduce de esta ciudad á Niza.

Pocas carreteras hay en Europa de un trayecto más pintoresco y que reúnan como esta tres elementos incomparables de belleza natural: el Mediterráneo por un lado, los Apeninos por el otro, y los esplendores de un cielo de Italia. La mano del hombre ha hecho cuanto ha podido, si no para rivalizar con la naturaleza, al menos para no quitarla nada de sus gracias.

Pueblos y aldeas en número crecido, unos en la margen del río bañando sus pies en las ondas plateadas, otros diseminados como un rebaño en los flancos de la montaña ó por sus crestas abruptas; aquí y allá una ermita solitaria en lo más empinado de una roca batida por las aguas, ó medio perdida en una selva de verdura á la entrada de algún valle; palacios de mármol que surgen de repente en medio de las doradas viñas, de los jardines, de los bosquecillos de limoneros ó naranjos; miles de *casini* de paredes blancas y celosías verdes esparcidos por colinas estériles en otro tiempo, y hoy guarnecidas de olivares, gracias á un ingenioso sistema de terrados; en una palabra, todo lo que es obra del hombre demuestra aquí la actividad y el genio de una raza eminentemente artística y dotada de grandes cualidades.

El camino, obedeciendo á las caprichosas sinuosidades de la costa, es irregular y tortuoso. Unas veces al nivel del mar, pasa por entre cercados de tamarindos y aloes; otras, sacavando el flanco de alguna montaña escarpada cubierta de sombríos pinares, se eleva á tal altura, que el ojo vacila en medir la profundidad del abismo; aquí se hunde en galerías cortadas en la peña viva desapareciendo totalmente para salir más lejos sobre una vasta extensión de tierra, de cielo y agua; allí forma un recodo y parece á punto de abrirse un paso al través de la montaña; luego de repente se lanza en una dirección opuesta, como si quisiera precipitarse en la mar.

La variedad de los paisajes, que resultan para el viajero de este continuo cambio de posición, no podría compararse sino con las variedades infinitas del kaleidóscopo. ¡Ah! Si pudiéramos dar á este boceto un poco del verdadero colorido del país, ¡qué cuadro haríamos! Pero debemos renunciar á una pintura tan brillante. Las palabras son impotentes para demostrar la esplendorosa transparencia de esa atmósfera, la transparencia de ese cielo, el azulado oscuro de ese mar, las suaves graduaciones de tonos que cubren con matices infinitos las mil ondulaciones de esas montañas á medida que se sobreponen unas sobre otras. Apenas el pincel de un Stanfield ó de un Azeglio podrían cumplir una tarea semejante.

El carruaje de que acabamos de hablar corría por esos sitios encantados. Era un coche hermoso y ele-

gante, como solo se hacen en Londres, ligero, con buenos resortes, ancho, confortable y con todos los accesorios que ponen en evidencia el rango y la fortuna de su amo, desde los blasones de complicados emblemas, con la mano armada, que descubrían desde luego la posición de los viajeros en la escala social de la Gran Bretaña, hasta la joven camarera y el criado de una corpulencia razonable y sin librea, que sentados detrás, dejaban adivinar fácilmente su apreciación respectiva de la bella naturaleza que les rodeaba por el placido sueño á que estaban entregados.

Los dos personajes del interior, un gentleman de cierta edad y una joven (sin duda un padre y una hija), parecían tan indiferentes como sus criados á las bellezas exteriores del camino que llevaban. Medio envuelta en un montón de almohadones y de pañuelos, la joven en una postura cómoda trataba de dormir; pero aunque la fatiga la había arrebatado sus colores, y aunque el círculo azulado de sus ojos denotara suficientemente una necesidad imperiosa de reposo, el sueño se mostraba rebelde.

La joven extranjera ofrecía una muestra magnífica de un tipo de hermosura que suele encontrarse en Inglaterra, sobre todo en las clases elevadas; un tipo que reúne caracteres incompatibles en apariencia, un sello de distinción, pariente muy próximo del orgullo, y una suavidad de contornos casi ideal.

El aire de languidez que se veía en toda su persona, daba á su fisonomía un encanto particular, un atractivo irresistible. La naturaleza, al crearla tan hermosa, parecía haber escrito «frágil» en todos sus rasgos. La imperceptible red de venas azules que jaspeaba sus sienes, el tierno azul de sus ojos, el colorido trasparente de su cutis indicaban muy claro el brillo fugitivo de una flor delicada.

Sus cabellos, cuyos bucles impacientes querían abrirse por entre la gasa bordada que los cubría, tenían ese rico color de oro que solo se encuentra en los querubines de los maestros de la escuela italiana. Para decirlo todo de una vez, presentaba el conjunto más gracioso y más suave que ha podido verse, la apariencia corpórea que habría elegido un ángel condenado á tomar nuestra forma mortal; es decir, en lo material únicamente lo justo para atestiguar su humanidad, y sin embargo, suficientemente trasparente para que se conociera su origen divino.

Sir John Davenne (así se llamaba el anciano gentleman sentado junto á la hermosa criatura) se hallaba sumergido en un abismo de reflexiones sin duda poco agradables, pero muy tenaces, y del que nada podía sacarle, si no es el ruido de una tosecilla seca, que aunque disimulada lo más posible, despertaba inmediatamente su inquieta solicitud de padre. Entonces se volvía hácia su joven compañera, y con una voz llena de ternura la preguntaba si estaba peor, la dirigía algunas palabras de consuelo y arreglaba sus pañuelos y sus almohadones.

El exterior del padre tenía también en su género algo que prevenía en su favor. Un cutis de una frescura casi temeraria, ojos de un color azul claro, una frente espaciosa apenas sombreada á cada lado por dos mechones de cabellos canos, un aire vigoroso á pesar de sus cincuenta y siete años, en una palabra, todo en su persona producía á primera vista una impresión agradable.

Pero poniendo más atención, no se tardaban en descubrir ciertas irregularidades en aquella superficie tersa. La frente blanca y lisa como el mármol era elevada, pero era también estrecha y en escape como las de Jorge III y Carlos X. Aquella frente, rasgo característico y hereditario en la familia del barón, no mentía á la promesa de terquedad que en ella se veía grabada; bajo este concepto, seguramente habría hecho honor á las testas coronadas que hemos mencionado. Los ojos, de un azul claro, eran demasiado saltones y redondos. La nariz, delgada y aguileña, se adelgazaba hácia las ventanillas. En suma, la expresión general de la fisonomía parecía indicar que como dice Shakespeare, «el viento se interponía entre la nobleza del gentleman y el barro de que están hechos los demás hombres.»

Por los latigazos prolongados del postillon, y por el ruido del empedrado por donde corría el coche en aquel instante, se conocía que acababa de entrar en una ciudad. Un ¡oh! formidable lanzado por el cocher del aristocrático vehículo, advirtió al invisible calesero de un mezquino *calessino* de dos ruedas delante de la casa de postas, que dejara el puesto al rico carruaje. Fuera el efecto mágico que producen los blasones aun de lejos, fuera simplemente que estuviera de prisa el calesero, lo cierto es que este obedeció la orden de dejar el campo libre, y se alejó con toda la velocidad de que era susceptible su caballo de crines descuidadas.

La camarera y el criado se aparearon y se presentaron respetuosamente á las portezuelas. La enferma pidió un vaso de agua. La sirvieron, y sir John, después de haber echado en el agua algunas gotas de un licor que llevaba en un pomito, acercó el vaso á los labios de la joven.

Al mismo tiempo dos mendigos de profesión, un hombre y una mujer, vestidos de harapos, comienzan una larga letanía de miserias que se termina por el estribillo de que *la Madonna e tutti santi del Paradiso* devolverán diez veces el valor de su caridad á los *buoni benefattori*.

Miss Davenne busca su bolsillo y pone algunas monedas en la mano de la mujer que estaba por su lado. Sir John arroja algún dinero al suelo para el viejo mendigo. Seguramente el padre y la hija obran movidos

bajo el impulso de un sentimiento igualmente laudable. Pero ¡qué diferencia se nota en la demostración de ese sentimiento! Hasta los mendigos la advierten; la anciana hace una reverencia y se sonríe; el anciano recoge el dinero y se aleja con aire indiferente.

— ¿Dónde estamos? pregunta miss Davenne.

— En San Remo, la responden.

Al oír este nombre, sir John hace una mueca desdeñosa; se asoma á mirar la calle y acaba por retirar su cabeza de la portezuela. Si sir John Davenne hubiera llevado un registro de sus impresiones, sin duda habría escrito una nota de este género:

«San Remo, pueblo de aspecto extraño, calles estrechas, mal empedradas, casas altas, irregulares, habitantes andrajosos, cuadrillas de mendigos, etc.»

Felizmente para la reputación de San Remo, sir John no escribía sus impresiones.

Durante este tiempo habían enganchado cuatro caballos al coche; pero según el maestro de postas, la larga distancia de relevo siguiente y las cuestas del camino, exigían que se añadiera otro caballo. Este caballo, que debía ser enganchado delante, manifestó desde luego una aversión profunda por el puesto que le destinaban. Después de cocear un rato acabó por soltarse, y una vez en libertad echó á correr por la calle, perseguido por los hombres y los pilluelos del lugar; sin embargo, gracias á los esfuerzos combinados de esta gente, pudo ser cogido, traído y enganchado en triunfo á la cabeza de los otros cuatro caballos. El postillon montó entonces en su pesada silla, agitó su látigo con fuerza, y el carruaje se puso en movimiento.

Poco después nuestros viajeros llegaron á descubrir la calesa que habían dejado en San Remo, y que subía en aquel instante una cuesta larga y escarpada. Era sin duda una curiosa muestra de los medios de transporte del país, aquel vehículo de pintura pasada, informe, dislocado; considerándole de cerca, no se comprendía como podía estar en equilibrio.

Entre los dos carruajes la distancia disminuía de un modo muy sensible. El de cuatro ruedas alcanzaba al otro con la velocidad de un vapor que persigue á un botecillo. La densa nube de polvo que cubría el camino amortiguaba el ruido de las ruedas y de los caballos, y hacía más necesarias que nunca las advertencias ordinarias del látigo del postillon.

Y sin embargo, el postillon no daba señales de vida. Suponía probablemente que el calesero debía presentar la aproximación de su soberbio vecino y estar alerta, ó bien ocupado como se hallaba entonces en arreglarse el pelo, este trabajo le absorbía de modo que le hacía olvidar su deber. De todos modos, sucedió que el coche inglés, una vez en lo alto de la cuesta, se lanzó de repente al galope, y pasó rozando junto á la calesa. Espantado el caballejo de las crines incultas, se arrojó á un lado con tanta fuerza, que si la mano que tenía las riendas hubiese sido un poco menos vigorosa y menos hábil, calesa, caballo y calesero se habrían ido al mar.

La colección de epítetos con que el viajero de la calesa saludó la aparición del carruaje inglés (epítetos que según el acento con que fueron pronunciados no podían tomarse por bendiciones), manifestó suficientemente su furor contra el postillon y su poco cuidado.

Por fortuna miss Davenne, aunque sabía el italiano, no comprendía el dialecto de la Riviera, pues en otro caso habría tenido que formar un juicio bastante desfavorable sobre la elocuencia local.

Si el encuentro de los dos vehículos había sacado de sus casillas al potro de las crines largas y al que iba en la calesa, el famoso caballo añadido al coche de sir John no se mostró más estóico. Sea que la alarma fuera contagiosa, sea que al animal le fuese antipático bajar cuestas, lo cierto es que así que se hubo adelantado al *calessino*, su paso no fué más que una mezcla confusa de galope y de coces á todos lados.

Sir John, que asomado á la portezuela seguía con la mayor ansiedad las extrañas evoluciones del caballo, habría interpelado al postillon, si no hubiera sido por el doble temor en que estaba de sacar á su hija del sueño en que se hallaba sumergida desde que habían salido de San Remo; pero habiendo llegado por fin al pie de la cuesta, y habiéndose despertado la joven al mismo tiempo, sir John gritó al postillon que se detuviera, y ordenó á su criado John que se apareara y viese lo que había.

John se apeó, y se entabló entre el criado y el postillon un diálogo cuyo resultado no prometía ser satisfactorio. Efectivamente, el postillon no parecía comprender una sílaba de las preguntas que le hacía John en un italiano execrable, y el criado por su parte no cogía una sílaba de las explicaciones que le daba el postillon en el dialecto de la Riviera.

Cada contendiente decía y repetía sus frases sin que el otro descubriera en ellas el menor sentido; el inglés John pedía que el caballo rebelde fuese colocado en el tronco, y otro tomase su puesto delante, en tanto que el postillon, con su locuacidad natural, aseguraba que no había el menor peligro en dejar los caballos como estaban; que todo había provenido de que una correa del tiro le pegaba en las patas, lo cual podía gobernarse al instante.

Por fin, la enérgica pantomima del joven italiano (el postillon no tenía más de veinte años) dió á John como una idea de lo que quería decir su interlocutor. El hecho indicado por el joven era tan evidentemente una de las causas, si no la única causa, de la impaciente turbulencia del caballo, que John, muy contento por no tener que discutir más por tan poca cosa á espensas de su dignidad, aceptó gustoso las explicaciones, y des-

pues de haber dicho á su amo que no habia sido mas que un accidente ocasionado por las correas, y que se iba á remediar al punto, se volvió gravemente á su confortable asiento al lado de miss Hutchins.

El postillon arreglaba las correas, cuando llegó y se detuvo junto á él, sin ser visto ni oído, el calesin que habia dejado atrás.

— ¡Eh! Próspero, dijo una voz á cuyo sonido el joven se volvió de repente, alzó los ojos y se quitó el sombrero con precipitación; ¿qué diablo tienes hoy? ¿Sabes que por poco me arrojas al mar?

— ¡Arrojar *vossignora* al mar! exclamó Próspero con cierta mezcla de mal humor y de turbación; *vossignora* sabe que preferiria ahogarme yo cien veces. Pero ese *calessino* no es el vuestro; ¿cómo podia yo presumir que ibais en él?

— ¿Y qué le hace eso? repuso con ira la voz del personaje que hablaba con el postillon. ¿Qué importa que fuera yo ó el Gran Turco? ¿Cómo te atreves á atropellar á los caminantes? Tu obligación es cuidar de que los caballos que guías no pongan en peligro la vida de nadie. ¿Lo oyes?

Próspero, que estaba ya completamente humilde, manifestó todo su pesar y prometió vigilar para que en adelante no se repitiesen lances de esa especie.

— Está bien; pero ¿qué caballo traes ahí? continuó la voz; y sacando su mano del calesin, señalaba al caballo delantero.

— Es uno nuevo, ayer entró en la cuadra... es algo vivo...

— ¡Vivo! ¡Bagatela! Es el animal mas vicioso que he visto nunca, un caballo rabioso que tu amo no debia sacar para coches de cristianos. Hace un cuarto de hora que examino lo que hace. Próspero, sigue este consejo; en vez de apretar esa correa, suéltala y deja que ese caballo se vuelva solo á San Remo.

Si Próspero hubiese tenido cincuenta años y una reputación de postillon bien establecida, es probable que habria seguido el consejo que le dabau; pero era muy joven, como ya hemos dicho, tenia mucho ánimo y mucha confianza en la fuerza de sus brazos, y sobre todo queria pasar por el postillon mas atrevido y mas hábil de los de aquel camino. Ahora bien, soltar al caballo entonces era confesar su impotencia para dominarle, confesion que le impedian hacer á Próspero su amor propio y su ambición.

Así Próspero respondió con cierta suficiencia:

— Eso seria dejarle en el camino; ¿cómo queréis que encuentre la casa cuando le tenemos desde ayer no mas, y ha venido del interior? ¡Buena la haria yo con el amo! Pero no hay peligro, añadió Próspero recobrando su buen humor y su cortesía, ya está arreglado todo.

— Tú debes saber lo que hay que hacer, repuso la voz; pero te encargo que vigiles, y que cuando me pases otra vez, no me expongas á tomar un baño fresco.

Estas últimas palabras fueron dichas en tono de buen humor; el postillon se echó á reír mostrando su blanca dentadura, é hizo un profundo saludo, en el momento en que arrancaba la calesa.

Este diálogo, que naturalmente no fué comprendido por los ingleses, duró apenas dos minutos, pues el modo de explicarse de entrambos interlocutores era rápido é incisivo.

La voz del personaje invisible se hacia notar por su riqueza de entonación y la justa repartición natural de lo que se deberia llamar las medias tintas del lenguaje. Cuando decimos invisible, hablamos con relacion á los viajeros de la silla de posta, los cuales, en razon de la posición de los dos carruajes que estaban casi en línea recta, uno delante de otro, no habian podido ver del individuo de la calesa mas que la mano que alargó para señalar al caballo.

Una vez en marcha el gran vehículo, no tardó en pasar de nuevo al democrático calesin, pero esta vez lo hizo al trote corto, y para eso antes el postillon habia anunciado su proximidad con sendos latigazos y algunas voces.

Pasado el calesin, sir John Davenne respiró mejor. ¡Cosa extraña! El baron se habia dignado concebir una aversion personal á la calesa, y habia esperado verla por última vez. Pero *el hombre propone y Dios dispone*, sir John Davenne.

El caballo rebelde se portaba bien entonces, y miss Davenne se hallaba dormida. Concluidos pues estos motivos de enojo ó de inquietud, sir John volvió á caer en sus primeras meditaciones, que al cabo de cierto rato y á pesar de ciertos esfuerzos valerosos, dieron por resultado un sueño de los mas profundos.

Un poco despues que sir John cerró los ojos, principió el coche á bajar una cuesta rápida á cuyo fin el camino estaba llano y á nivel con el mar. Doscientos pasos mas lejos habia que subir de nuevo, y despues el camino se separaba en dos ramales; el mas estrecho subia en línea recta un promontorio que cerraba el horizonte á la derecha, y el otro seguia por la izquierda la base de la roca.

Próspero, que estaba alerta por las amonestaciones que le habian hecho, comenzó á bajar con todas las precauciones posibles; pero toda su vigilancia y toda su habilidad no pudieron evitar un resultado inevitable en aquella ocasion, y es que los arcos del caballo delantero, tendidos al subir, no se alojaron en la bajada, y que por consiguiente la famosa correa no volviera á tocar las patas del caballo. Algunas voces dieron la señal de la aproximación del peligro. Las cosas se fueron poniendo peor á medida que se aumentaba el declive de la cuesta; la rabia y el terror del fogoso animal se

aumentaban á cada paso, y los esfuerzos del postillon para calmarle no hacian mas que espantar á los otros caballos. Conociendo que muy en breve no podria dominar el tiro, Próspero soltó las riendas de repente, y haciendo un chasquido con la lengua, lanzó los cinco caballos al galope, estudiando el camino con el mayor cuidado, pues segun la velocidad que llevaba el coche, el menor vaiven habria comprometido todo el equilibrio. Creia poder contener sus caballos naturalmente en cuanto vieran delante la cuesta.

Era en efecto el único recurso que le quedaba, y el buen éxito habria sido completo si sir John no se hubiese despertado un minuto demasiado pronto. El verdadero estado de las cosas habia ejercido en el sueño del baron una penosa influencia; habia soñado con caballos desbocados, y en la agitación muy natural que tenia cuando se despertó, se inclinó á la portezuela y gritó al postillon que se detuviera.

El ruido despertó á miss Davenne, que muy alarmada tambien comenzó á lanzar gritos agudos. Estas órdenes y estos gritos hicieron volver la cabeza un instante al postillon, movimiento que le hizo perder de vista el camino durante un segundo. Era demasiado en tan críticos momentos. Una de las ruedas de detrás pasó sobre una piedra; el coche dió un saltó, osciló un instante al borde del camino, y luego se vino al suelo.

Por terrible que fuera la catástrofe, habria podido serlo mucho mayor. La calzada estaba poco mas alta que la ribera, y el arenal que habia en aquel sitio amortiguó el efecto de la caída. Felizmente sir John no se habia despertado antes, sin lo cual la desgracia habria podido tener resultados mucho mas funestos.

En tanto que miss Hutchins, despues de haber volado repentinamente por los aires, se recoge lo mas pronto que puede, sorprendida de encontrarse entera; — en tanto que John, mas serio y mas digno que nunca á despecho de un buen golpe y de un largo rasguño en la nariz que le hace derramar sangre en abundancia, saca por una de las portezuelas á sir John, que parece hallarse perfectamente intacto; — en tanto que los tres reuniendo sus esfuerzos, tratan de sacar del coche caido á miss Davenne desmayada; — en tanto que en el exceso mismo de su desesperación, y mirando á todos con ojos espantados, Próspero deja á sus caballos que se revuelquen á su gusto, el calesin asomaba á cierta distancia, bajando la cuesta con la rapidez del rayo. ¿Se habia desbocado tambien el caballo de crines erizadas, ó el individuo que le guiaba pertenecia á esa rara categoría de individuos que olvidando todo riesgo personal, acuden á socorrer á los que están en peligro? — Ahora vamos á saberlo.

— ¿Hay alguien herido? gritó el de la calesa llegando al lugar de la desgracia. Soy médico, y puedo seros útil.

Y al mismo tiempo salió del calesin y se acercó hácia el grupo que rodeaba á miss Davenne un hombre alto, moreno, de barba negra, con un sombrero puntiagudo de alas anchas, una de esas figuras que en otras circunstancias habrian hecho sacar á sir John las pistolas que llevaba consigo desde que viajaba en la tierra clásica de los bandoleros.

Pero en el estado actual de las cosas, el baron inglés, que no comprendia una palabra del italiano del desconocido, se contentó con lanzarle una mirada mezclada de sorpresa y de desconfianza, una mirada que parecia decir: — ¿A qué especie pertenece este hombre?

Poco intimidado con esta acogida, el desconocido pasó por delante de sir John, se arrodilló al lado de la joven tendida en la arena, y trataba de tomarla el pulso, cuando sir John, que no habia penetrado sus intenciones, se acercó rápidamente como para separarle de su hija.

— ¿Estais loco? gritó el desconocido en italiano; pero luego añadió en francés, y por último en inglés, como si hubiese visto de repente que en el rostro del baron se enarbolaba la bandera de la Gran Bretaña; ¿no me habeis oido decir que soy médico?

El sonido de la lengua materna acabó por abrir los ojos al baron, y una luz de esperanza brilló en su corazón. Tener un médico entonces, y un médico que hablaba inglés, era una cosa de que sir John debia felicitarle.

Como si lo que acababa de decir no necesitara mas explicaciones, el doctor tomó el pulso á la señorita, la quitó el sombrero y examinó su cabeza. Ninguna herida tenia, ni siquiera una contusion. El pecho se hallaba tambien en buen estado, pues la respiración, aunque débil, era regular.

— Con tal que no haya nada en el cerebro, se decia el facultativo.

Y justamente, en el instante en que hacia esta conjetura, sus ojos se encontraron con los de sir John. No se podia quedar sobre la naturaleza de la ansiedad terrible que se pintaba en su fisonomía.

— No tengais cuidado ninguno acerca de vuestra hija, le dijo el doctor, adelantándose á la pregunta, y advirtiendo desde luego el grado de parentesco; no es mas que un desmayo que pasará en breve.

Y al hablar así saco de su bolsillo una caja de instrumentos en la cual tomó unas tijeras.

— Alojád los vestidos de vuestra señorita, dijo el doctor poniendo las tijeras en las trémulas manos de miss Hutchins, en tanto que voy al mar á buscar agua. Cortad sin miedo, y cuidado con moverla.

Sin esperar contestación, el médico se aleja, llena de agua su sombrero y vuelve en un instante. Todos sus movimientos son rapidos, pero seguros; y aunque excitado visiblemente, todo lo que hace y dice, lo hace y

lo dice de un modo firme y sereno, sin precipitación, sin embarazo alguno.

Al volver, observa que los caballos patean, y la inmovilidad de Próspero llama su atención.

— Corta las correas, grita á este último con esa voz que no admite réplica.

Y no aparta los ojos del infeliz postillon, hasta que le ve registrarse los bolsillos para buscar la navaja.

El doctor roció con agua fresca el rostro y el cuello de miss Davenne, y la puso un pañuelo mojado sobre la frente, en tanto que miss Hutchins la hacia respirar sales y la frotaba las manos con agua de Colonia.

Pero á pesar de todo esto la joven permanecia insensible. Era evidente que se debia emplear un medio mas enérgico. El doctor abrió su caja, y con gran consternación del padre se puso á buscar una lanceta. Felizmente en aquel momento miss Davenne abrió los ojos y exclamó con voz débil:

— ¡Padre mio!

Sir John se inclinó hácia ella con ternura.

— ¿Qué quieres, hija mia?

— ¡Oh! ¡mi pié, mi pié me duele mucho!

— ¿Cuál? preguntó el italiano.

La joven inglesa miró al facultativo con cierto asombro, y luego, mostrándole su pié derecho, le dijo:

— Este.

Apenas oyó esta palabra, el doctor tomó sus tijeras, cortó la elegante botita y la fina media, poniendo á descubierto un piecicito de alabastro estropeado horriblemente. Y no era todo aun; la pierna estaba rota por encima del tobillo.

El doctor habia visto en seguida esta complicación, y con un movimiento rápido habia arrojado un pañuelo sobre el miembro herido para ocultarle al padre y á la hija, diciendo muy sereno:

— ¡Ah! Es una torcedura; es cosa dolorosa, pero en el fondo no es nada. Necesito todos los pañuelos que podais darme, añadió mirando en su derredor.

De los bolsillos de todos los presentes salieron pañuelos de todas dimensiones y calidades.

— Basta, basta, gritó el doctor con una sonrisa viendo aquella abundancia de pañuelos; ya tenemos para hacer un vendaje provisional que aliviará un poco á la señorita.

Y se puso á vendar cuidadosamente el piecicito estropeado.

— Ahora debo preveniros, dijo á la joven, que es muy importante que permanezcáis en la mayor quietud. Tengo que dejaros un momento para ir á buscar lo que necesito; la operación debe hacerse antes de que hayais cambiado la mala posición en que estais ahora; ¿me prometéis no moveros durante mi ausencia?

— Sí, respondió miss Davenne.

El doctor se levantó con presteza, y ya se alejaba, cuando volviéndose de repente hácia John, que estaba como petrificado, le dijo:

— Podriais abrir una sombrilla, para proteger á la señorita de los rayos del sol que la dan de lleno en la cara.

Y en seguida saltó á su calesin y salió al galope.

II.

LA POSADA.

— ¿Con que ese caballero es médico, padre mio? preguntó Lucy, pues así se llamaba la hija del baron.

— Al menos por tal se da, mi querida hija, respondió el baron.

— ¡Qué suerte he tenido! exclamó la joven.

— Sí, muy buena, repuso sir John, aunque á decir verdad, su tacha no le recomienda.

— En Inglaterra así seria, observó Lucy; pero en el extranjero ya sabeis que no se pagan tanto de los vestidos. Se conoce que es un hombre decente. ¿Habeis reparado sus manos? Son manos de un gentleman.

— Puede ser, exclamó sir John en tono de duda.

— Y habla muy bien inglés.

— Sí, le habla bien, pero con mucho acento extranjero, repuso el padre.

Lucy se calló, y apoyando su frente en su mano, pareció poco dispuesta á proseguir el diálogo.

Sir John, al quedarse así solo consigo mismo, se acordó de repente del postillon. A este recuerdo toda su ira, dominada un instante por su inquietud, le asaltó mas fuerte, y de su boca salieron palabras furiosas. Comenzó á injuriar al desgraciado mozo en un inglés muy puro, esmaltado de tiempo en tiempo con una palabra que él creia italiana.

— ¡Bribon! ¡Cobarde! gritaba sir John señalando á Próspero, que plantado á pocos pasos de distancia, tenia maquinalmente las riendas de sus caballos en la mano, y lo miraba todo con ojos atónitos; esta apatía, sin embargo, no era indiferencia ni insensibilidad; era por el contrario el estupor de la desesperación.

Exasperado mas y mas con esa impasibilidad aparente, sir John acabó por declarar que ya que no le era posible permanecer bastante tiempo en el país para obligar al miserable á responder ante la justicia de su tentativa premeditada de asesinato, iba á escribir al maestro de postas para que le despidiera.

El postillon no hizo ningun movimiento.

Pero no; sir John Davenne haria mas que eso; apelaria al ministro de Inglaterra en Turin, pues queria hacer un ejemplo en favor de los viajeros.

Próspero continuaba tan inmóvil como si hubiera formado parte de la roca que tenia á su lado.

Pero no, mil veces no; sir John Davenne no des-

cansaria hasta que hubiera obtenido una pronta justicia, aun cuando debiera recurrir para alcanzarla al rey de Cerdeña.

Próspero, el criminal Próspero oía la voz colérica del baron: pero en medio de aquel diluvio de palabras no pensaba mas que en la acogida que le esperaba en la casa de postas, y en el temor de haber causado alguna lesion mortal á la *bella signorina*.

Esta explosion de furor habia tenido alguna utilidad; habia servido para distraer á sir John y hacerle esperar con mas paciencia el regreso del doctor italiano.

Miss Davenne se sintió penetrada de gratitud al ver nuevamente la calesa.

— Ahora, dijo alegremente el doctor, es preciso que todos hagamos algo. ¡Ah! esta sombrilla me incomoda.

Y volviéndose hácia sir John, añadió: — Hacedme el favor de tenerla para resguardar del sol á vuestra niña. . . la tendreis mejor sentándoos á su lado.

Y colocó á sir John á la cabeza de su hija.

— Vosotros, continuó dirigiéndose á los criados, os sentareis á los piés de la señorita, y atencion con lo que os diga; yo, aquí en medio.

Y dobló una rodilla volviendo la espalda á sir John y á la enferma, á fin de ocultarles lo que iba á hacer.

— No durará mucho ni os haré mucho daño, añadió volviendo un instante la cabeza hácia miss Davenne.

Y diciendo esto quitó los pañuelos é hizo que Hutchins y John sostuvieran el pié de la jóven.

(Se continuará.)

Teatro recién construido en Nueva Orleans.

Este teatro designado con el nombre de *Opera* se destina exclusivamente á la ejecucion de las óperas de los grandes maestros; Nueva Orleans es en los Estados Unidos la ciudad donde se sabe apreciar mejor la buena música, y donde mas se aplaude á los talentos líricos eminentes; la Sontag, la Damoreau y últimamente la Frezzolini han entusiasmado sucesivamente á la poblacion de Nueva Orleans.

Principiado en abril de 1859 el nuevo teatro de ópera está concluido ya, y muy luego comenzarán en él las

funciones. Las circunstancias que han dado lugar á la construccion de este teatro son un evidente testimonio de simpatía dado por la poblacion distinguida de la ciudad á M. Ch. Boudousquié, antiguo empresario del teatro de Orleans; con efecto, cuando M. Boudousquié debió abandonar su empresa, muchos ciudadanos honorables presididos por M. Riviere-Gardere se apresuraron á abrir una suscripcion que se elevó en breve á la

empleo de coronel inclusive; aunque así para este último empleo como para los de teniente coronel y subteniente, que da ingreso en la corporacion de oficiales, será indispensable la ratificacion del emperador.

» Ya no se esperan mas que las tropas de administracion militar, que deben embarcarse en los buques-transportes cargados con el material. Cada uno de estos buques debe llevar un centenar de pasajeros.»



EL BARON BETTINO-RICASOLI, JEFE DEL GOBIERNO DE TOSCANA.

enorme suma de un millon de francos, para cubrir los gastos de construccion de la Nueva Opera.

En seis meses se ha levantado este monumento, uno de los mas notables de los Estados Unidos, y el honor de su pronta ejecucion corresponde al entendido arquitecto M. J. Gallier, que dirigió las obras de concierto con M. Esterbroot. G. F.

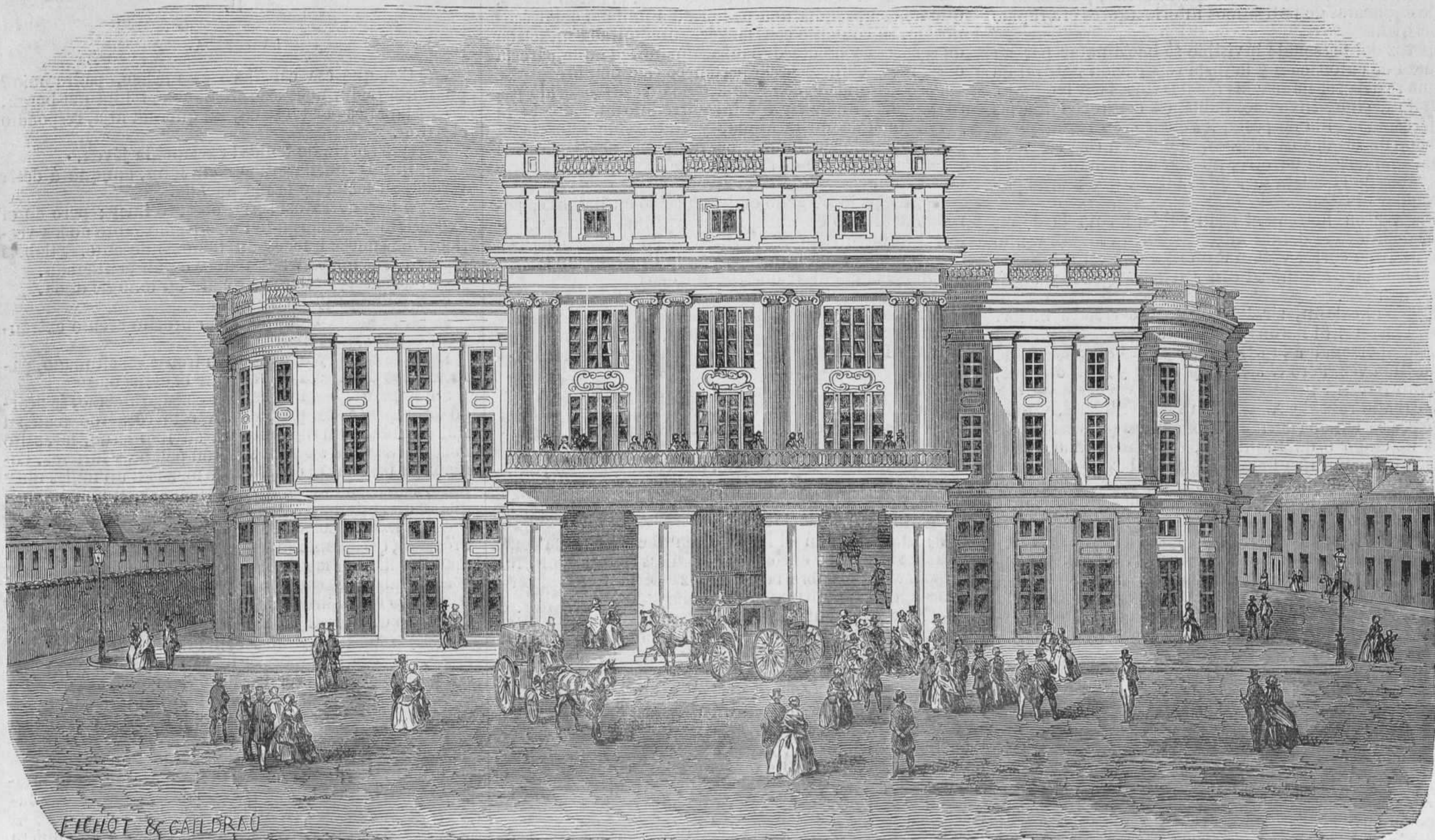
Expedicion de China.

El *Monitor de la Flota* contiene los siguientes datos sobre la organizacion y el embarque de los cuerpos destinados á hacer la campaña de la China, é indica las precauciones que se han adoptado para preservar á los soldados de las influencias atmosféricas:

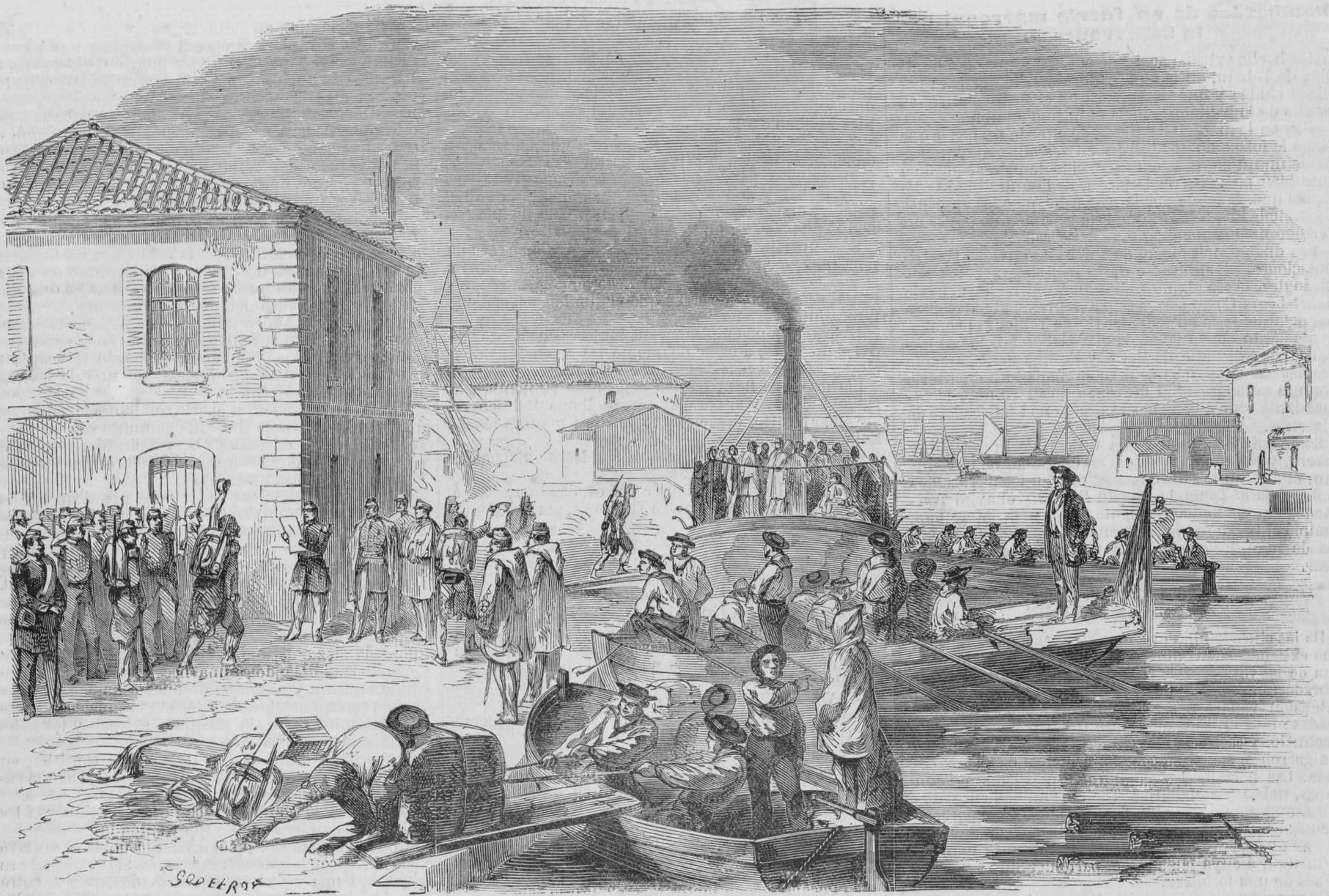
« El general Montauban, despues de haber visitado en sus cuarteles á las tropas expedicionarias que presentan el aspecto mas bello, asistió en persona al embarque que se efectuó en Tolon. La fuerza efectiva de estos regimientos estaba muy distante de hallarse completa, y para completarlos se eligieron entre los muchos voluntarios de los otros regimientos del arma que se presentaban, aquellos que físicamente estaban mejor constituidos.

» Esta medida era tanto mas conveniente, cuanto que la campaña será ruda, á causa del clima sobre todo. Sin embargo, se ha procurado precaver á los soldados contra las influencias atmosféricas á que necesariamente se verán expuestos, y al efecto se les ha provisto de un sistema de camillas cómodo y sencillo, de vestidos de franela, de fundas de tela análogas á las que usan los ingleses en la India y nuestros soldados en Africa, las cuales se adaptan fácilmente al kepi.

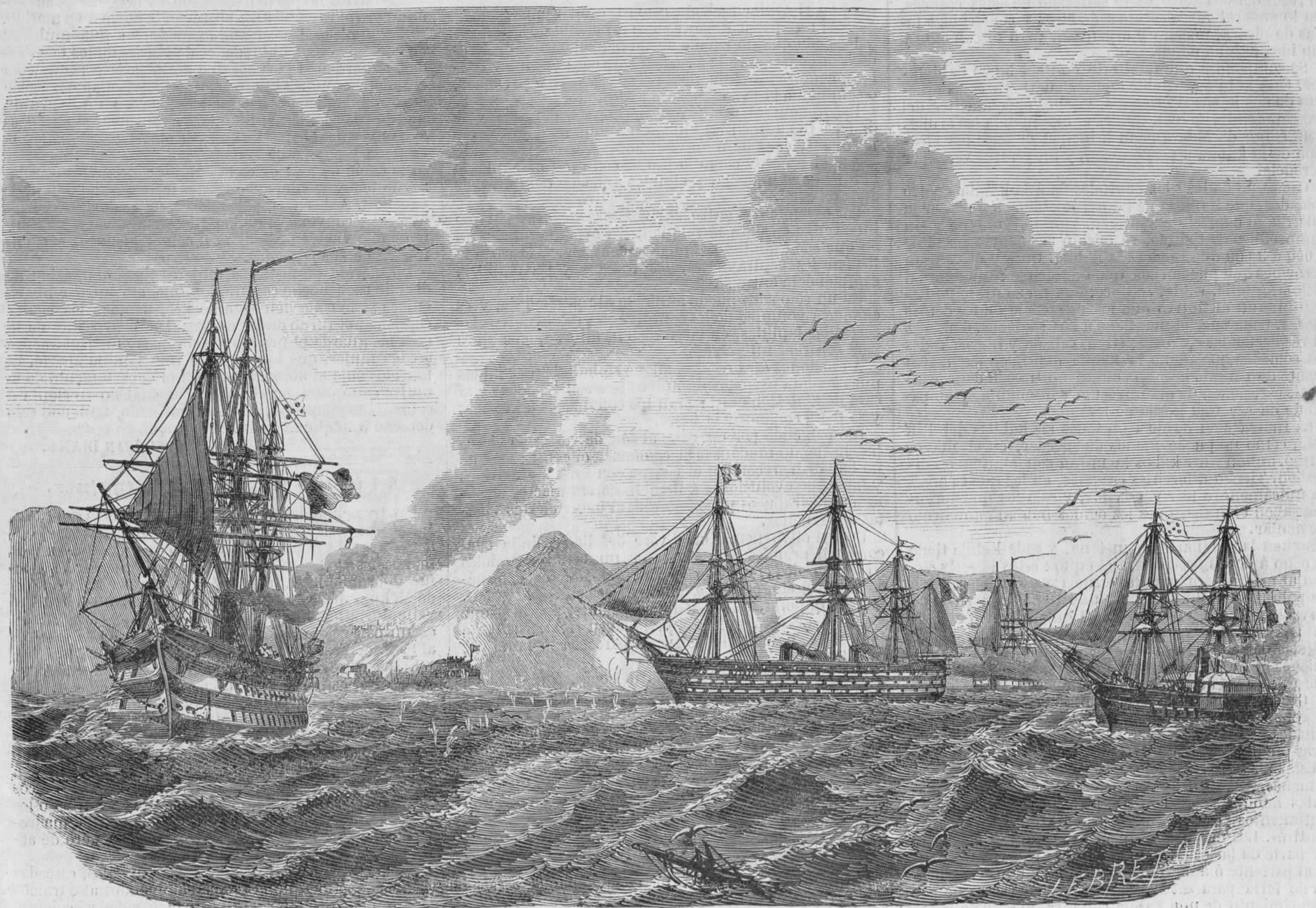
» El mando del general en jefe se extenderá á las fuerzas de mar y tierra; sus poderes, que son muy amplios, le conceden el derecho de ascender hasta el



EL NUEVO TEATRO DE OPERA DE NUEVA ORLEANS.



EXPEDICION DE CHINA. — EMBARQUE DE LAS TROPAS EXPEDICIONARIAS EN EL ARSENAL MARITIMO DE TOLON.



BOMBARDEO DE UN FUERTE MARROQUI A LA ENTRADA DEL RIO DE TETUAN, POR LA ESCUADRA FRANCESA.

Bombardeo de un fuerte marroquí por la flota francesa.

Un hecho extraño acaba de suceder á unas 5 ó 6 millas de Tetuan, en la embocadura del rio que pasa por dicha ciudad y que desemboca en el Mediterráneo, en medio de la bahía que lleva el mismo nombre.

Hay en la margen izquierda de este rio un fuerte que tiene la forma de una torre y cuya artillería, compuesta de un número bastante reducido de piezas, puede ó mas bien podia barrer la playa. Es la única obra fortificada que defiende por la parte del mar los aproches de la ciudad de Tetuan, que está separada de él por un terreno inclinado cubierto de matorrales.

Sin duda con el objeto de tener en actividad sus tripulaciones, el almirante Romain-Desfossés habia enviado de crucero algunos buques, y entre ellos al navío *Saint-Louis*. Como pasase este al regresar al fondeadero por delante de la entrada del rio de Tetuan, el comandante del fuerte, á pesar de que el *Saint-Louis* se hallaba poco distante de tierra y llevaba perfectamente desplegada su bandera, tuvo la mala idea de tirarle algunos cañonazos. Sin desviarse de su rumbo, el comandante vino á ocupar su puesto en el fondeadero de Algeciras.

Semejante insulto merecía un castigo inmediato y severo, y por lo tanto, al día siguiente 26 de noviembre, el almirante salió de Algeciras con los navíos *Bretagne* y *Saint-Louis*, la fragata *Foudre* y el aviso *Tisiphone*, y presentándose delante del fuerte de Tetuan, rompió el fuego inmediatamente. Al cabo de tres cuartos de hora, los cañones del fuerte habian cesado de tirar.

Los moros del Riff.

De las cinco kabilas que forman el campo de Kalaya, que extiende sus confines hasta los muros de Melilla, una de las mas fuertes por su extension y número de moradros es la que lleva el nombre de Benisidel. Su extension vendrá á ser como de unas dos leguas cuadradas: está cruzada de Este á Oeste por un pequeño riachuelo, y casi toda ella cubierta de olivos, granados y algarrobos, siendo su cosecha principal de trigo y cebada. Las hortalizas y legumbres mas comunes son habas, nabos y zanahorias. Tienen tambien sus naturales, aunque no con abundancia, ganados lanares y vacunos. Su territorio es llano y dominado al Sur por una alta y áspera montaña, y al Este por otra llamada el Gurugú, á cuya faida por la parte del Sur se ven las ruinas de una fortaleza.

Un pequeño grupo de casitas forman el punto céntrico y morada del kabo ó Moscamdem de la kabila. Todo el resto del territorio se ve salpicado de estas casucas, en lo general aisladas unas de otras y construidas todas de piedra, madera y argamasa, pero toscamente y sin idea alguna del arte.

Se compondrá este territorio de unos 5,000 habitantes. Esta kabila se divide en diez cuarteles á las órdenes de sus kabos respectivos, y todos dependientes del Moscamdem principal, que es el que manda las armas.

El cargo de Moscamdem principal se hace por eleccion de la kabila á perpetuidad, y muy raras veces por herencia.

Cada uno de los diez cuarteles da á la kabila cuatro soldados, que son los que tienen la obligacion de dar la guardia al cuartel de Santiago. Voluntariamente y sin compromiso de tiempo, se alistan los demás hasta de 1,000 á 3,000 que tiene cada kabila. Unos y otros usan las armas que puede cada uno adquirirse: espingarda, pistola, gumía, sable, trabuco, etc. En su traje no llevan ningun distintivo que los diferencie de los demás moros. Cada cuartel mantiene á sus soldados, dándoles al recolectar las cosechas, trigo, cebada y habas. Todos los soldados que reúne la kabila dependen exclusivamente de un solo hombre, el kabo ó Moscamdem principal, careciendo de organizacion y disciplina, y no pasando de ser una horda de foragidos.

La instruccion pública en todas las kabilas del Riff está, como no puede menos de suceder, en el mayor atraso, aunque los kabos la miran con alguna predileccion. Tienen diferentes escuelas, en las que se enseña únicamente á leer y escribir, y solo los que aprenden saben el árabe, pues los demás hablan su dialecto particular.

Siguen la religion mahometana, y cada kabila tiene de ocho á doce iglesias para el culto: estas iglesias sirven al propio tiempo para escuela y para hospedar á los pobres transeúntes: cada una tiene para su conservacion y culto un sacerdote á quien llaman el fraile. Los moros son en extremo hospitalarios; en las iglesias dan hospedaje á los pobres transeúntes, para quienes el fraile, reconocida la necesidad de cada uno, sale á pedir los auxilios que necesita hasta la otra jornada. Cada kabila celebra feria un día á la semana; siendo en general los artículos que en ella se venden, granos, ganados de todas especies, frutas, babuchas, jaiques y otras prendas de su vestido.

Estas ferias por lo general son teatro de los mayores crímenes, porque concurriendo á ellas gentes de distintas kabilas, se encuentran los que se conservan resentimientos particulares, y se embisten á puñaladas y á tiros. Los mayores crímenes quedan allí impunes por parte de la sociedad: su venganza está encomendada al pariente ó amigo de la víctima, que espera otro día de feria para satisfacerla. Sucede á veces que por resentimiento de una kabila con otra, el sitio de la feria se convierte en un campo de batalla, y haciendo

parapetos de los objetos que llevan á vender, se baten detrás de ellos dias enteros.

En estas ferias, cuando son de paz, se reúnen los moros principales, y se dan cuenta de lo que entre ellos puede llamarse política, de las noticias que adquieren del campo cristiano, etc. Lo mas importante se comunica al pueblo á la voz de pregon.

Todas las diversiones de los moros se hacen á fuerza de pólvora, haciendo salvas y descargas cerradas. Las mujeres tocan panderetas, á cuyo son cantan y bailan.

En la kabila de Benisidel hay varios aljibes de agua potable, que recogen de la llovada; á falta de esta beben la de los rios: no tienen fuentes.

Son supersticiosos hasta lo infinito. Si salen á caza no pueden comer la pieza si queda rematada de un tiro, y si solo cuando acaba de morir degollándola. No se miran al espejo, porque creen que el que lo hace no tiene nunca hijos varones.

Los rifeños no emplean á sus mujeres en faenas rudas del campo, á pesar de que no las creen iguales á ellos y casi privadas de entrar en el paraíso.

El moro que lleva rosario pone ante su nombre la palabra *Escar*, y si por ejemplo, se llama Malmon no llevando rosario, desde que lo lleva se nombra Escar-Malmon.

Por la misma regla, el que va á la Meca antepone al nombre la palabra *Herjach*.

En el Riff hay una plaga de perros, dando ocasion á mil reyertas y muertes entre sus amos, por mordeduras y riñas.

No conciben que los cristianos se avengan á tener una sola mujer, ignorando que hay muchos que aun con una sola les sobra.

Desde el amanecer de este día se dejó sentir cierto murmullo de gentes al rededor de la casa de Sidi-Mohamed. Después que hubo este satisfecho la curiosidad de Alvarez enseñándole su casa, le dijo presentándole un tintero de barro con su pluma de caña.

— Hacer carta.
— ¿Yo escribir carta? ¿A quién?
— A Olivares, que está moro de España y yo querer que venir á casa mia.
— ¿Estar en España y venir aquí?
— No; estar aquí en campo de Benisidel.

Tomó Alvarez la pluma y escribió en un pedazo de papel: «Olivares Maimon: ven á casa mia, que yo tener cristianos presos y no entender lo que decir.»

Entregó Sidi-Mohamed la carta á uno de los moros que andaban al rededor de su casa, encargándole que la llevase á su destino, y volvió al lado de Alvarez.

— ¿Porqué vienen tantos moros? le dijo este.
— Porque yo casar con otra mujer, que estar mucho melegg.

— ¡Ah! ¿Estar melegg, esto es, estar guapa?

— Sí: yo pagar á padre suyo un ciento duros.
Probado que un rifeño puede mantener mas mujeres de las que tiene, se le autoriza para contraer nuevo enlace, comprando á la novia á sus padres ó parientes, ó cambiándola por granos, ganados, etc.

Por lo general una jóven hermosa y doncella vale de 80 á 100 duros: las viudas, aunque sean jóvenes y hermosas, es género mas barato.

Así el hombre como la mujer contraen matrimonio al salir de la infancia, y algunos antes de cumplir diez años de edad.

Los casamientos entre los rifeños se verifican sin que intervenga en ellos la religion, sin mas que una carta en que cada familia se obliga al contrato. Esta carta la firman los contrayentes, los testigos y las familias, cambiándola entre sí.

En un solo caso puede anularse el matrimonio, y es cuando á voluntad de los contrayentes se devuelven las cartas las familias, en cuyo caso la mujer queda libre para contraer nuevo enlace.

A eso de las diez de la mañana se hallaban reunidas unas sesenta personas de ambos sexos al rededor de la casa de Sidi-Mohamed: eran los convidados á la boda, y se iba á comenzar la fiesta.

Dió principio por un baile al son de varias pandereetas, haciendo mudanzas al comenzar el canto; los que no bailaban, recorrian el campo con grandes alaridos y haciendo evoluciones á manera de simulacro, disparando sus trabucos y espingardas al hacer ciertas vueltas y revueltas.

De un olivo pendia una vaca desollada, de la cual cortaban grandes trozos algunas mujeres, echándolos á cocer en dos enormes calderas. Sidi-Mohamed, el héroe de la fiesta, acudía á todas partes con solícito afán. Sus dos mujeres, con risueño semblante, por mas que les fuera desagradable la venida de su rival, asistian á la funcion, bailaban y reian, al parecer con la mayor indiferencia.

Al propio tiempo, en casa de la novia, á una media legua de distancia, se repetian las mismas escenas.

Sobre las cuatro de la tarde avanzó una comitiva trayendo á la novia montada en un caballo, cuyas bridas llevaba una negra, jóven y no mal parecida. Avanzó por su parte la comitiva del novio, haciendo descargas cerradas unos y otros. Al encontrarse en un repecho del camino hicieron alto, se saludaron y volvieron todos juntos en direccion de la casa de Sidi-Mohamed.

Este, llevando á su derecha á Alvarez, se adelantó á su vez hasta encontrarse con su prometida, que entró á caballo hasta dentro del zaguan. Sidi-Mohamed la cogió en brazos y la subió al torreoncillo donde la esperaban varias mujeres encargadas de obsequiarla; descendió en seguida y continuó entre los convidados.

Una hora despues se sirvió la comida de los moros,

apartándoles una racion á Alvarez y los demás prisioneros. Un solo plato componia la comida, y este era el alcuzcúz, tan famoso entre los moros. Consiste este en harina, á la que echándole cierta cantidad de agua hacen una especie de masa suelta á manera de cañamones: colocan despues esta masa en una olla cuyo fondo está lleno de agujeritos pequeños, y al vapor que da otra olla llena de agua le van dando vueltas hasta que se tuesta: la echan despues en un barreño y sobre ella colocan pedazos de carne cocida, huevos duros, gallinas cocidas y pellas sueltas de manteca.

Colocaron despues varios barreños en el suelo, y á su alrededor los moros sentados tambien sobre la verde alfombra, dieron principio á la comida, sacando con las mismas manos, ya un tasajo, ya un puñado de alcuzcúz. Cuando se les queda algo entre los dedos ó la barba lo sacuden dentro del barreño y siguen comiendo tan impávidos. Aquí y allá habia colocadas calderetas con agua de las que bebían de cuando en cuando.

Sin mas postres ni adherentes, á esto se redujo la comida de boda del jefe principal de una de las mas famosas kabilas del Riff.

Las mujeres, en corros aparte con la novia, comieron á su vez del alcuzcúz sin juntarse nunca con los hombres ni antes ni despues de la comida. Ni pan hubo en ella, porque se suprime cuando, solo en las grandes festividades, comen alcuzcúz.

El pan de los rifeños puede presentarse á un minero como un trozo de mineral, seguro de que hasta un severo análisis lo juzgará salido de las entrañas de la tierra, y aun despues de analizado no creerá que es pan por mas que se lo digan. Si en una porcion de tabaco rapé negro se echa un puñado de broza, tierra y pajillas imperceptibles, lo que resultaría de esta masa despues de endurecida al fuego se confundiría con un trozo de pan de los rifeños. Consta este de malísima cebada guardada diez ó doce años en excavaciones que hacen en la tierra, dejándoles una boca estrecha que tapan con una piedra y esconden despues echándole maleza encima y otros objetos. Esta cebada la muelen á mano entre dos piedras, y sin sacarla el salvado y tal como sale la amasan y cuecen.

Las comidas ordinarias de los rifeños consisten en hortalizas, unas veces crudas, otras cocidas, sin que para ellas tengan jamás horas determinadas.

Terminada la comida de los novios continuaron los bailes y las descargas, hasta que venida la noche se retiraron los convidados á sus casas; la novia se encerró en la torre con algunas mujeres, y Sidi-Mohamed se echó sobre una estera en el cuarto de Alvarez, entre este, los demás prisioneros y algunos moros que los guardaban.

Los novios no pueden pasar juntos la noche de sus bodas, pero al rayar el alba entregan la novia á su marido.

Serian como las ocho de la mañana: una multitud de curiosos vagaba al rededor de la casa de los desposados, aguardando la señal que anuncia la consumacion del matrimonio. Al poco tiempo Sidi-Mohamed, desde la torre, disparó su trabuco y colocó un lienzo en una de sus aspilleras; los moros se entregaron entonces á las mayores demostraciones de alegría pregonando la castidad y pureza de la desposada.

La cama de los novios la cubren con jaiques ó pedazos de tela que cuelgan en sogas formando á manera de pabellon. A los siete dias se descubre delante de los testigos y convidados que asistieron á la boda, y delante de ella vuelven á bailar, á comer alcuzcúz y á entregarse á sus regocijos.

Un marido de distintas mujeres tiene obligacion de dormir cada noche con una, y solo al contraer nuevo enlace se le conceden siete noches, pasadas las cuales comienza el turno de las demás. Las provisiones de la casa las guarda el marido y las reparte mensualmente á cada mujer, que forma como una familia aparte. El marido come al día siguiente en el departamento de la mujer con quien ha dormido, la cual no se sienta á comer sino cuando aquel ha terminado, teniendo solo derecho á lo que le sobre.

MANUEL JUAN DIANA.

El tesoro imperial de Mequinez.

Las tres ciudades principales de Marruecos son: Fez, Marruecos y Mequinez. Esta última, la mas importante de las tres, es la preferida por el emperador para permanecer en ella, y en donde tiene depositado el célebre tesoro. Se la da tambien el nombre de Miknés, ó el de Meknasah. Está situada en medio de un magnífico valle, terminado por una de las cordilleras del Atlas, y en un pais célebre por su salubridad, á 60 kilómetros al S. O. de Fez, y á 300 kilómetros de Marruecos.

El palacio imperial, inmenso edificio de forma cuadrangular, es por sí solo una verdadera ciudad. Fue construido en el año de 1681 por el emperador Muley-Ismael, en conmemoracion de las victorias que el mismo obtuvo contra los ingleses, á los cuales habia tomado el año anterior la ciudad de Tánger. Este palacio encierra innumerables construcciones, destinadas á habitacion del príncipe y de sus mujeres, magníficos jardines plantados de cipreses de todas clases, bajo los cuales crecen el rosál, el jazmin, el mirto, la madre-selva, el thym de Africa, y otro gran número de arbustos y de plantas aromáticas.

Estos jardines están regados por arroyuelos, cascadas y saltos de agua, que la reciben de manantiales traídos desde mucha distancia por medio de canales y acueductos, cuya construccion es monumental: pero la parte mas curiosa y mas interesante de este palacio célebre,

es la que encierra el tesoro imperial, y que se llama *Beit el mell*, ó casa de las riquezas.

En el centro de los jardines hay una fortaleza con tres murallas ó recintos, perfectamente armada y defendida. En el recinto del centro se eleva un edificio de piedra sillera, que recibe la luz solo por la parte superior. Se entra en él por tres puertas de hierro, inmediatas unas á otras. El pavimento de este edificio es de mármol negro: en uno de sus extremos hay una vasta abertura, por la cual se echan con grandes palas de cobre las piezas de oro ó de plata, los lingotes y las materias preciosas que deben formar parte del tesoro. Estos objetos caen en una gran cueva en donde son colocados en compartimientos de mármol de igual dimensión unos que otros, con vuelo ó una parte saliente sobre el fondo de la cueva. Cada uno de estos compartimientos puede contener un millón de piastras.

Una guardia de trescientos negros es la especialmente encargada de la seguridad, de la vigilancia y del arreglo del tesoro. Desde que son designados estos hombres para hacer aquel servicio, habitan ya para siempre en el sitio donde está colocado el tesoro. Los que tienen á su cargo el cuidado de recibir el dinero y de colocarlo en las cuevas, nunca salen de aquellos subterráneos. Tienen habitaciones hechas á propósito, y allí viven y allí mueren. El objeto de todas estas precauciones es evitar los robos, desconocidos hasta hoy.

Cuatro veces al año se echa en el tesoro imperial el producto líquido de los impuestos de todas clases. Cuando el emperador está en Mequinez asiste él mismo á presenciar esta operacion; pero cuando está ausente, nombra para suplirle á tres grandes oficiales de su casa, estando bien persuadido de que no podrán ponerse de acuerdo para cometer un robo, y de que si llegase á suceder esto se denunciarían unos á otros, ó serían denunciados por los negros guardianes de estas riquezas.

En los primeros tiempos de la institucion del tesoro imperial se depositaba el dinero en grandes vasos de tierra; pero un día fueron robadas las sumas que contenían diez de estos vasos, los que llenaron de tierra los ladrones, cubriéndola con una capa de monedas de oro.

No se descubrió inmediatamente el fraude; pero un negro, que lo habia visto todo, y á quien los ladrones creyeron haber matado, sobrevivió á sus heridas y denunció á los culpables. El emperador hizo que decapitasen á los diez ladrones y mandó que sus cabezas fuesen colocadas en los diez vasos de tierra para servir de ejemplar castigo. Los vasos se conservan aun en el gran salon del tesoro sobre pedestales de mármol.

El sucesor de Muley Ismail varió las disposiciones adoptadas por su predecesor, abandonó el sistema de vasijas de tierra, é hizo construir las cuevas que aun existen hoy. El emperador Muley Soliman, conocido por su crueldad, tenia la costumbre, cuantas veces se echaba dinero en el tesoro imperial, de quitar la vida á los negros encargados de aquel trabajo.

Abder-Rahman, su sucesor, mucho mas humano, abolió esta odiosa y cruel costumbre; pero en cambio determinó que los negros encargados del arreglo de las cuevas del tesoro permaneciesen siempre encerrados en estos sitios.

Para ellos el robo es infructuoso, porque están separados del resto del mundo, y no podrian hacer uso alguno ni ocultar el dinero que robasen. El tesoro de Mequinez encierra una suma que se cree ascenderá próximamente á 500 millones de francos.

La ciudad de Mequinez es la preferida por el soberano de Marruecos para su estancia: su posesion decide de la suerte del imperio. Si fuese tomada, bien por los rebeldes ó por una potencia de Europa, este descalabro seria un golpe mortal para el gobierno del emperador. Está situada próximamente á 65 kilómetros de Rabat, puerto del Océano Atlántico, cuya gran importancia habian comprendido los antiguos soberanos del país, y la habian fortificado de una manera formidable. Rabat, la habian perdido su antiguo esplendor y fama, es todavía la primer plaza de la costa, el camino mas directo para penetrar en el centro del imperio, y de apoderarse de ella, Mequinez se encontraría descubierta y amenazada.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los primeros bailes. — El gusto á todo lo que es dorado. — Los vestidos con estrellas de oro. — Trajes de baile para la corte de Rusia. — Sobre la decadencia de la crinolina y las protestas de las parisienses. — Los tocados de baile. — Sobre el calzado moderno. — El ópalo está en moda. — Dos palabras sobre la turquesa, la piedra de los enamorados. — Descripción de nuestro figurin que representa trajes de bailes de máscaras.

Ya se baila en algunos salones. Se citan los bailes de mádama Berges todos los lunes, y se anuncia que la señora de Errazu no tardará en abrir sus hermosos salones del hotel Visconti. Pero hasta que pase el día de Año nuevo, no comenzará verdaderamente la estacion de los bailes.

Entre tanto la moda hace sus preparativos, y este año se pronuncia por lo visto. Habrá trajes sembrados de estrellas de oro, de gruesas estrellas en relieve.

En casa de Gagelin he admirado uno de estos trajes hecho para la princesa de Wittgenstein. Este vestido era todo afollado de tul blanco, y en las ondas de tul brillaban estrellas de oro. Sobre la falda caía una túnica formando velo. Era un erépúsculo. El cuerpo por el mismo estilo que la falda, y el tocado correspondiente era una diadema de estrellas de oro y de diamantes.

Citaré otros dos vestidos de esta encantadora princesa.

El primero es de tul ilusion con tres faldas dobles que caen sobre una primera falda afollada de tul hácia abajo. Las tres faldas de tul van recogidas con cinta jardinera, que es una cinta de tafetan blanco con florecillas menudas. En la orla de la falda van nueve ramilletes de flores diversas. Tambien hay ramilletes en los hombros y en el cuerpo, que lleva draperías de tul y cinta jardinera.

El otro vestido es de tul ilusion compuesto de once pequeños volantes rizados y orlados con una cinta purpurina ilustrada con una redécilla de oro imperceptible. Diríase un clavel blanco salpicado de rojo. Sobre esta primera falda cae una túnica de crespon blanco recogida á la Camargo, con dos cintas purpúras y de hilillo de oro que caen sobre la falda. Cuerpo con volantes rizados y cinta purpurina formando tirantes. Tocado de flores de granado y anillos de oro.

Puesto que hablo de trajes de baile, voy á describir dos bonitos vestidos.

El uno es de tul blanco compuesto de once pequeños volantes orlados con una ruche de tul ilusion y sembrado de una felpilla que puede ser azul, blanca, cereza, verde, malva ó rosa. El cuerpo lleva la misma ruche.

El otro es de tul con tres afollados muy vaporosos que guardan el bajo de la falda. Dos túnicas de tul doble flotan sobre la primera falda á la altura de los afollados. Sobre el lado se prende un cinturón de flores ligeras con lazo de flores. Cuerpo con draperías y hombreras de flores.

A propósito de vestidos, sé que ha producido mucho ruido la noticia que he dado yo en la *Patrie* y en la *Gazette rose*, de que la emperatriz Eugenia habia mandado estrechar todos sus vestidos para las recepciones de Compiègne, de lo cual se deduce la decadencia de la crinolina. Todas las mujeres están contra mí y aun muchos hombres.

Así son las cosas; se critica un abuso y al fin se adopta con frenesí. Las parisienses me han declarado con toda franqueza que no abandonarán sus abuecaadores.

Si los vestidos llevan adornos de oro, los tocados los llevan igualmente. Voy á describir un tocado que he visto hecho para la bella princesa Gallitzine.

Es un tocado *Moscovita*, compuesto de draperías y de afollados de tul blanco sembrado de chispas de oro que caen por un solo lado en una cinta orlada con una rica blonda de oro. En los afollados se pierden camaféos romanos azul turquí en círculos de oro y que representan asuntos mitológicos. Este adorno de camaféos forma peine por detrás. La princesa Gallitzine llevaba la otra noche este tocado, que fué muy admirado en la Opera.

Voy á describir otros tocados que ví tambien aquella misma noche.

— Un tocado Sirena reproducido con un grueso cable de oro retorciéndose en corona en derredor de la cabeza y prendido por detrás. A la izquierda un rizado de plumas blancas.

— Un tocado Velleda de terciopelo negro con hojas y flores de yedra de oro.

— Un tocado Imperial de terciopelo purpurino con plumas de oro.

— Un tocado Español formado con una ruche de encaje negro, con velo de encaje caido sobre los hombros. Por un lado una gruesa rosa purpurina; y por el otro dos capullos medio escondidos en el cuello.

— Un tocado Turco de terciopelo azul de China, con cordon de oro, anudado por un lado y con borlas. Por el otro una rama de sauce blanco con una plumita negra.

— Un tocado Griego con una drapería de terciopelo azul desarrollada en cocas retenidas por cinco anillos de oro graduados.

— Un tocado gran duquesa María, describiendo una cintita de terciopelo punzó, sobre la cual va una redécilla de mallas de oro que tiene por un lado un largo sauce blanco que cae sobre el hombro, en tanto que por el otro lleva una puntilla de encaje negro, sostenida por una trenchilla de oro.

— Una doble diadema de terciopelo rubí bordada de flores de oro, con una banda de blonda de oro y un lazo.

— Un tocado de flores de mayo formando un grueso ramo sobre la cabeza y grupos de rosas por un lado.

— Un tocado de niña, de flores de laurel de un blanco rosado muy delicado, montadas en ruios de terciopelo verde.

— Un tocado de no me olvides formando diadema, prendido por detrás con un lazo de rosas.

Si he hablado hoy de trajes y adornos de baile es porque supongo que podrán ser útiles mis noticias á mis amables lectoras en la estacion actual, que es la estacion de los placeres y las fiestas.

El calzado está tambien muy sujeto á la moda. Las señoras no se contentan ya con llevar botitas y zapatos como antiguamente. Los zapatos están bordados de oro, las botitas guarnecidas de piel ó de encaje, y las babuchas tienen adornos de pasamanería y de cintas como los vestidos.

Para baile el zapato de coturno es mas distinguido que el tacon y lazos. ¿Cómo bailar con un zapato que no se desliza bien? Hé aquí las novedades en punto á calzado.

— Unas babuchas de raso color de rosa respunteadas y guarnecidas de chinchilla.

— Otras de tisú azul y oro con vueltas de terciopelo con trenchilla de oro, guarnecidas de encaje negro. Encima llevan un lazo de terciopelo, de encaje y de cordoncillo de oro.

— Otras de tafetan blanco con puntos de terciopelo negro, ruche y lazo de terciopelo negro.

— Unas botitas de tela acotchada forradas de felpilla rosa con trenchilla y botones de azabache.

Otra noticia tengo que dar hoy relativamente á las pedrerías y á las joyas.

La emperatriz Eugenia ha tomado bajo su proteccion los ópalos, y se han visto muchos aderezos de esa hermosa piedra en las últimas fiestas de Compiègne. No se sabe quién habia dicho que los ópalos causaban la desgracia de la persona que los llevaba. Hoy se ha hecho justicia de esta preocu-

pacion, y el ópalo se muestra triunfante. El ópalo y el diamante son las dos piedras dignas de estar juntas; y esto dice lo que valen una y otra. Por la noche el ópalo resplandece con matices de oro y de púrpura.

La turquesa que ha sido destronada por el ópalo, tiene razon de decirse la piedra de los enamorados, porque es como ellos inconstante. ¿Porqué se descompone? ¿Porqué cambia su hermoso azul por un verde amarillento? Hay sobre esto diferentes leyendas. En Alemania se supone que cuando la turquesa deja de ser azul, es que la persona que la lleva es infiel. En Francia es imposible dar tal significacion á la turquesa, pues entonces serian todas verdes.

El ópalo es la piedra de la belleza noble y distinguida. ¿Quereis saber de dónde la sacan? — De la Hungría que tiene las mejores minas de ópalos del mundo.

Terminaré con la descripción de nuestro figurin que representa varios trajes de baile de máscaras.

— El primero es de una aldeana coqueta. Falda de tafetan boton de oro adornado con tres cintas de terciopelo violeta. Segunda falda de tafetan malva de dos tonos con rayas satinadas. El vestido va recogido á cada lado con lazos de terciopelo. Corpiño de terciopelo violeta. Delantal de tul con un plegado orlado de blonda. Fichu del mismo estilo. Igual adorno en las mangas. En el cuello una cinta de terciopelo negro con una crucecita. Ramillete de pensamientos de terciopelo en el delantero del corpiño. Ramo de flores en la cabeza. Medias de seda bordadas y zapatos de moaré violeta con hebillas de oro.

El segundo es un traje de sultana. Primera falda de raso blanco. Sobretodo de moaré antiguo verde malaquita adornado con galones de oro. Corpiño escotado con faldetas, abrochado con una presilla de oro. Mangas anchas, cuadradas, abiertas, forradas de raso blanco y guarnecidas de galon de oro. Camisolín de tul con entredos de encaje. Collar y brazaletes de coral. En la cabeza una gorrita de terciopelo punzó y oro. Babuchas de terciopelo verde bordadas de oro. Brazaletes de oro sobre el tobillo del pié. Velo de tul liso prendido por detrás de la cabeza.

El tercer traje es de una niña de Baviera de ocho á diez años. Primera falda de tafetan violeta, orlada de terciopelo negro. Segunda falda de cachemira encarnada abierta en túnica y con un volante rizado. Delantal de tarlatana. Cuerpo de tafetan amarillo con adorno de terciopelo negro y azul. Debajo un canesú de muselina con mangas anchas. Medias de seda encarnadas. Zapato de terciopelo negro con hebillas. Gorrito bávaro de raso blanco con ruche de cinta azul turquesa. A cada lado lazo de terciopelo negro y cintas de terciopelo. Cinturon de cinta purpurina. Peinado chino en dos trenzas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Con fecha 15 de noviembre, el gabinete de Turin pasó á sus agentes diplomáticos la siguiente circular:

Señor ministro:

Las asambleas de la Italia central han ofrecido, como ya sabeis, la regencia á S. A. R. el príncipe de Saboya-Cariñan.

Tomada con la misma calma y el mismo orden que presidieron al voto de anexion, su deliberacion ha sido tan espontánea como unánime.

El gobierno del rey ha sido completamente extraño á esta resolucion.

Es única y meramente el resultado de las tendencias nacionales que se han hecho mas fuertes y vivaces con el temor de una restauracion; un nuevo homenaje tributado al principio monárquico, una nueva prueba de la firme voluntad que tienen estos países de conservar el orden y la autoridad preservándolos de todo ataque y aumentando el prestigio del poder supremo. Esta resolucion atestigua en fin el ardiente deseo de las poblaciones de la Italia central de que se realice su union á la monarquía de Cerdeña, que es la única que en su concepto, puede darles sólidas garantías de libertad é independencia nacional.

En vista de un voto tan imponente y motivos tan poderosos, el rey, nuestro augusto soberano, hubiera podido pensar que su primer deber era ocurrir á los peligros de desorden y anarquía que era cuerdo temer si la oferta de las asambleas era desestimada.

Pero asegurado de la próxima reunion de un congreso llamado para resolver las cuestiones que suscita la cuestion de la Italia, S. M. se ha apresurado á dar una prueba de deferencia á los consejos de Europa, absteniéndose de toda decision que pudiera ser considerada como susceptible de cortar su plena libertad de examen y deliberacion.

Conformándose con las intenciones de S. M., S. A. R. el príncipe de Cariñan, no obstante sus sinceras simpatías hácia las poblaciones que acababan de confiarle el cuidado de gobernarlas, no ha juzgado deber aceptar la regencia que le era ofrecida.

Sin embargo, habria sido imposible, tanto á S. M. como al príncipe, no tomar seriamente en consideracion los motivos que habian dictado la oferta de las asambleas de la Italia central, y no concurrir, de la manera que altas inteligencias les sugirieran, á garantizar de toda perturbacion estos países que han puesto toda su confianza en la casa de Saboya. S. A. R. ha creído pues que podia designar al caballero Buoncompagni para que se encargara de la regencia de estas provincias hasta tanto que la Europa reunida haya regularizado su posicion. Esta prueba de benévola solicitud tranquilizará los espíritus; tal es la creencia á que se inclina el gobierno del rey.

Concentrada en una sola mano, la autoridad será

mas activa y fuerte. Impondrá respeto á las facciones que prevaleciendo de la impaciencia pública, intenten arrastrar á las poblaciones y al ejército á actos inconsiderados y peligrosos. En una palabra, es una prenda dada á la seguridad de la Italia y á la tranquilidad de la Europa, interin el congreso delibere acerca de las cuestiones que le sean sometidas.

Pero no podemos disimular que esta medida, por su mismo carácter provisional, seria insuficiente para tranquilizarnos, caso de que debiera prolongarse demasiado.

Es urgente que el congreso se reuna de antes posible, así como es de perentoria necesidad el que la solución que juzgue bueno adoptar, sea tal que al mismo tiempo que satisfaga los votos de las poblaciones italianas, haga cesar para siempre el peligro de revoluciones intestinas ó intervenciones extranjeras. Toda dilación seria funesta, y una solución que no garantizase la independencia de Italia solo seria un manantial de nuevas desgracias para los italianos y de inquietudes y conflictos para la Europa.

Os invito, señor ministro, á que comuniquéis el contenido de este despacho al gobierno de... insistiendo sobre la pronta reunión del congreso.

Recibid, etc.

DABORMIDA.

Al mismo tiempo el príncipe de Carignan dirigió esta carta al señor Buoncompagni:

Ilustrísimo comendador:

Os he designado para el noble mandato que consiste en gobernar las provincias de la Italia central, que por votación han proclamado querer un gobierno constitucional é italiano dotado de fuerza, y despues me han llamado á la regencia. Vuestra honrosa reputación, las nobles cualidades que os adornan, las pruebas de afecto que habeis dado al rey y á la patria, la entera confianza que tengo en vos y que me felicito de poder señalar hoy públicamente, son otras tantas razones para que vuestra misión obtenga los mejores resultados.

Pero aun hay mas: las poblaciones de la Italia central han dado tantas pruebas de prudencia, de firmeza y de moderación, que han merecido la estimación del mundo civilizado; estoy seguro que comprenderán la necesidad de perseverar en esa misma conducta, sobre todo cuando está á punto de abrirse un congreso en el cual será discutida la suerte de la Italia, y donde S. M. el rey Victor Manuel, fuerte con los derechos que le han sido conferidos, sabrá sostener eficazmente sus votos.

Las seguridades repetidas por parte de S. M. el emperador de los franceses de que no habrá intervención en la Italia central, son otro título de gran confianza; esas seguridades fortifican poderosamente la política del gobierno del rey, que no podría jamás permitir que la violencia extranjera viniera á sobreponerse á la voluntad nacional.



S. E. C. BUONCOMPAGNI, GOBERNADOR GENERAL DE LAS PROVINCIAS DE LA ITALIA CENTRAL.



COFREO FELDJEGER RUSO.

Si razones de buena política aconsejaron á S. M. despues de la paz de Villafranca el llamar á sus comisarios y abstenerse de toda intervención en la Italia central, no es un motivo para que su gobierno se niegue á oficios de una benevolencia amistosa que los hechos recientes han estrechado mas y mas. Pienso pues que en los límites de lo posible no se negaría á socorrer á esos países para facilitarles la conclusión de un empréstito si fuera necesario.

Todas estas consideraciones me inspiran confianza para el porvenir. Por otra parte vuestra misión es muy sencilla en atención á que se trata de dar mayor unidad á la dirección política y militar en esas provincias. La concentración de los poderes hará á cada una de ellas mas fuerte por sí misma, y con respecto á la Europa, la organización militar se completará mas fácilmente cuando no haya mas, bajo vuestros auspicios, que una sola administración, un solo mando y un solo ejército.

Este ejército, fuerte por el número y la disciplina, dispuesto á demostrar su valor al primer grito de la patria, no deberá ser ni agresivo ni provocador. Se acordará de que el tiempo es un auxiliar poderoso de toda causa justa, y que á menudo la impaciencia perjudica é impide su triunfo.

Repito que bajo tales auspicios abrigo la confianza de que vuestra misión tendrá el mejor éxito, que las poblaciones continuarán manteniendo intacto el orden y que dareis prueba de prudencia y sensatez política, lo cual será un argumento poderoso cerca del congreso para que reconozca sus derechos.

En fin, estoy convencido de que el gobierno de S. M. no permitirá nunca que la anarquía trastorne las provincias italianas, que despues de haber enviado á sus hijos á combatir en las filas del ejército, han proclamado solemnemente la voluntad de ser admitidas en sus Estados, y cuyos votos ha acogido.

Recibid, etc.

EUGENIO DE SABOYA.

El comendador Carlo Buoncompagni ha aceptado el mandato, y en su consecuencia gobierna en el día en la Italia central.

El correo ruso.

Hé aquí una escena rusa; el correo (feldjager) ruso corriendo la posta sin consideración á los que encuentra al paso. Fácil es comprender el espanto de esos infelices aldeanos cuando ven que se acerca el feldjager, y con cuánta prisa le dejan el camino libre; por experiencia saben que el correo no les guarda consideraciones, y prefieren volcar al lado de la calzada antes que exponerse á un atropello que es inevitable. ¿Cómo resistir en efecto, á esos tres caballos robustos y vigorosos que devoran el espacio? — Todos los detalles de nuestro dibujo son de la mas minuciosa exactitud.

X.